CHRISTINE MERRILL

# EL MAESTRO DE PENLOWEN





# EL MAESTRO DE PENLOWEN

Christine Merrill

*Dedicatoria: A Roger Corman y al gran Vincent Price, ahora fallecido—quienes me transformaron de por vida.*

# Contenido

# Capítulo Uno

Arabella Scott balanceó su cuerpo al vaivén del vagón de correo, tratando de ignorar el dolor de sus huesos. Ya se encontraba muy lejos de Londres, y aún le quedaba mucho para llegar a su destino. El viaje por sí solo sería una aventura y un emocionante comienzo para su nueva vida. La escarpada costa de Cornualles resultó interesante a la luz del día. Ahora, estaban lejos de cualquier ciudad, y la puesta de sol era bastante espectacular. Pero el aire fresco de octubre y la caída de las hojas le recordaron que ésta era una estación de muerte, no de renacimiento. Se acercaba el invierno, y sería tan frío y duro como su futuro.

Sin previo aviso, sintió que el carruaje se detenía bruscamente y oyó que los conductores se gritaban entre ellos. El vehículo se estremeció mientras los caballos se sacudían y se encabritaban. Se escuchó la aguda réplica de un disparo de pistola y el grito: "¡Levántense y ríndanse!".

Salteadores de camino.

Tenía muy poco que ofrecer si la abordaban. Su bolso estaba casi vacío y sólo portaba las joyas más sencillas. Si al menos hubiera habido otro pasajero, podría haberse consolado en la miseria compartida, pero estaba sola excepto por los conductores. No tenía ideas románticas sobre la galantería de los forajidos. Aquellos hombres eran poco más que vulgares ladrones. Dudaba que mostraran respeto a una dama sin nada que darles y sin nadie para protegerla. Se arrellanó en el rincón más oscuro del asiento, fuera de la línea de la ventana, recogiendo la tela gris de su chal para ocultar la blancura de su rostro.

Se escucharon pasos fuera del carruaje y la carrocería se balanceó cuando alguien saltó al estribo. Un farol pasó junto a ella por la ventanilla. Por un momento, una forma oscura bloqueó la luz de la luna desde el exterior. Luego desapareció.

Los ladrones parecían más interesados en los conductores y en el equipaje que había encima de la caja. Se oían maldiciones, amenazas, y discusiones cuando el conductor se negaba a abandonar su asiento.

Se oyó un fuerte estruendo y un golpe cuando un cuerpo cayó al suelo junto a la carretera. El otro hombre saltó del asiento antes de que también le dispararan.

El corazón le martilleaba en el pecho. Habría refuerzos, ¿no? ¿Algún tipo de guardia? Se suponía que había protección, ya que el carruaje a menudo transportaba objetos de valor. Tal vez el segundo conductor no se resistió porque esperaba que llegaran los rescatadores.

Pero no se oía el ruido de los jinetes que se acercaban, y ella podía

oír las risas triunfantes de los salteadores de caminos, que subían al asiento para tomar las riendas.

Dios mío, ¿no pretendían llevarse el carruaje, con caballos y todo? Seguramente alguien les avisaría de su presencia y la pondrían en la carretera.

Pero los conductores debían de estar demasiado asustados o incapacitados. O tal vez se habían olvidado de ella. No escuchó ninguna protesta. Se oyó otro disparo y el chasquido de un látigo. Entonces los caballos bailaron de nuevo y saltaron hacia delante, tirándola de espaldas contra el asiento. Se aferró a una correa para mantenerse sentada mientras el carruaje se adentraba en la oscuridad. La tierra azotaba su ventanilla a una velocidad alarmante y el carruaje se balanceaba de un lado a otro. A aquella velocidad, abrir de golpe la puerta y arrojarse al vacío significaría una muerte segura, ya fuera por la caída o por las ruedas.

Al cabo de recorrer varios kilómetros, sintió que su avance se ralentizaba un poco y los caballos se desviaron hacia la izquierda, por un camino secundario, alejándose de la ruta más transitada. Podía sentir las irregularidades del suelo cuando el carruaje avanzaba a trompicones. Las ramas golpeaban contra los costados a medida que el camino se estrechaba y la marcha se hacía más difícil. Los ladrones aminoraron la marcha de los caballos, tratando de pasar desapercibidos, a la espera de una persecución.

Pero no llegó ninguna. Cuando miró por la ventanilla trasera, los árboles parecían cerrarse tras ellos en un muro de verde oscuridad a medida que el estrecho camino se retorcía y giraba a través del bosque. Si la gente no supiera buscarlo, no tendría ni idea de adónde había ido el carruaje robado.

Entonces llegaron a lo que parecía ser un punto ancho en el camino. O tal vez era un claro, ya que pudo ver un resplandor delante de ellos que debía provenir de un fuego. Los caballos empezaron a andar y luego se detuvieron. Oyó un grito de saludo de alguien que iba delante.

Su mente repasaba los hechos, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarla en su precaria situación. Estaba sola, lejos del camino común. A nadie se le ocurriría buscarla hasta mañana, cuando no llegara sana y salva a su destino. La habían llevado a un lugar lo bastante secreto como para ocultar a una banda de ladrones. Si no lograba escapar sin llamar la atención, quedaría a merced de los salteadores de caminos cuando la descubrieran. Se encogió aún más en la oscuridad del carruaje y permaneció completamente inmóvil, sin apenas atreverse a respirar.

Arabella oía las risas de los hombres en el exterior, desgarrando el equipaje para llegar a la caja fuerte. Contó tres voces y rezó para que

no hubiera observadores silenciosos del saqueo, ya que sus posibles captores parecían estar todos a la izquierda del vagón.

Haciendo acopio de valor, se deslizó silenciosamente por el asiento, preparándose para agarrar la manilla de la puerta y escapar por el otro lado, lejos del fuego y hacia la oscuridad del bosque.

Pero ya era demasiado tarde. Se oyó un grito de sorpresa y la risa de un hombre. Entonces el vagón se inclinó con el peso de un cuerpo y la puerta se abrió. Unas manos ásperas la cogieron y la arrastraron por el asiento hacia la noche.

En una cosa había acertado: eran tres, y las telas negras que les habían servido de máscara colgaban sueltas de sus cuellos. No hacían ningún esfuerzo por ocultarle su identidad. Sus esperanzas se hundieron al saber que no les importaba que les viera la cara. Sus planes no incluían el rescate, aunque ella tuviera dinero que ofrecer.

Cuando sus pies tocaron el suelo, clavó los talones en la tierra, intentando frenar el avance del hombre que la retenía. Pero no era rival para él. La tenía agarrada por la cintura, sujetándola con un brazo y apretándola contra su pecho. Podía oler su apestoso aliento en la cara. La empujaba hacia atrás, caminando hacia sus compañeros y riendo mientras avanzaba.

Su mente se nubló con visiones de lo que probablemente ocurriría si no escapaba. Gritó y redobló sus esfuerzos, pataleando contra sus piernas y agitando el brazo libre con la esperanza de desequilibrarlo.

Él le agarró la muñeca y trató de tirar del brazo hacia atrás.

Ella forcejeó hasta que sintió que la manga se desgarraba a la altura del hombro y, por un momento, el hombre perdió el control. Ella le propinó un golpe en la oreja lo bastante fuerte como para aturdirlo. Cuando su agarre se aflojó, ella se soltó y echó a correr. Sólo había dado unos pasos cuando otro hombre la atrapó y la arrastró hacia el fuego.

Se había acabado para ella. Eran más fuertes que ella y la superaban en número. Nadie sabía ni le importaba dónde estaba. Estaba sola en la oscuridad, y no iba a haber un valiente rescate esa noche. Dios mío, rogó, que al menos fuera rápido. A juzgar por el aspecto de los hombres que la rodeaban, cuanto más viviera, peor le iría.

De repente, se oyó un ruido de cascos detrás de ellos. Un caballo y un jinete se acercaban a todo galope. Sintió que el hombre que la sujetaba se ponía tenso, vio que los otros dos sacaban las armas y sonreían en la oscuridad, dispuestos a recibir al viajero con una muerte segura.

Gritó para advertir al hombre, fuera quien fuera, para que no cayera en una emboscada. Pero su aproximación no disminuyó y, de repente, el caballo estaba sobre ellos.

El caos de los instantes siguientes le llegó borroso. Vislumbró a un

hombre moreno montado en un enorme caballo negro que se abalanzaba sobre ellos. Entonces un brazo cayó sobre el hombre que la sujetaba. Una fusta pasó junto a su oreja y le alcanzó en la cara. El bandolero maldijo y la soltó mientras el cuero le cortaba la mejilla hasta el hueso. Apenas consiguió zafarse de él antes de que el caballo oscuro se encabritara y los afilados cascos lo derribaran.

El caballo giró sobre el segundo hombre y sacó una gran espada curva de debajo de su capa. El ladrón se quedó parado, demasiado conmocionado para disparar su arma, mientras el jinete acababa con él de un solo tajo en el pecho.

El tercer hombre se dio la vuelta para huir. Y por un momento ella pensó que su salvador tenía intención de permitirlo. No hizo ningún esfuerzo por espolear a su caballo, sino que se quedó muy quieto, limpiando la espada y envainándola.

El último salteador debió de pensar lo mismo, pues sólo avanzó unos metros antes de dar media vuelta y levantar la pistola para disparar.

Pero el otro hombre fue más rápido, sacó su propia arma y disparó sin vacilar. El último ladrón cayó con una bala en la cabeza. El claro quedó en silencio cuando el eco del disparo se desvaneció.

"Toma. Ven aquí". El jinete le hizo un gesto y habló como si estuviera llamando a un animal asustado. "Puede que haya otros. Debemos irnos antes de que vengan a buscar a sus amigos". No desmontó, sino que giró el caballo hacia ella y le ofreció un brazo para ayudarla a subir a la silla con él.

Pero ella tenía miedo de moverse. La conmoción de los sucesos de la noche se apoderó de ella al ver la carnicería a sus pies, y se apartó de su alcance en lugar de acercarse a él, casi tropezando con el cuerpo del hombre que la había retenido. Levantó los puños hacia la boca, para detener el grito que sabía que se avecinaba.

Como una maldición silenciosa, cabalgó hacia ella y la atrapó con facilidad, levantándola para sentarla delante de él, de modo que se apoyó precariamente en una cadera. Luego cabalgó hasta la parte delantera del carruaje y desenvainó la espada. Por un momento temió que quisiera hacer daño a los caballos. Sin embargo, cortó los arneses que los sujetaban, los liberó y golpeó ligeramente a las bestias con la parte plana de la hoja para apartarlas del yugo.

"Es mejor que esta noche encuentren su propio camino que pasarla aquí atados", murmuró. "Es probable que la tormenta estalle en cualquier momento".

Y, fiel a su predicción, las primeras gotas de lluvia cayeron sobre ellos, salpicando la capa de hule que llevaba. La sacó de entre ellos y la envolvió en ella emulando una tienda de campaña, estrechando su cuerpo contra el suyo, aferrándola con un brazo y manejando las

riendas con el otro.

Podía sentir la dureza de su cuerpo: el brazo inamovible, el pecho tan sólido como un muro de piedra, el muslo bien musculado de tanto tiempo a caballo. Había una dureza creciente que le oprimía la cadera donde el movimiento del caballo rozaba sus cuerpos. Demasiado tarde, se dio cuenta de que estaba en los brazos de un hombre que había asesinado a sangre fría para conseguirla y que ahora la tenía prisionera con el mismo destino incierto que los demás. Se la estaba llevando sólo Dios sabía adónde. Su destino no sería muy distinto del que habría corrido a manos de los salteadores de caminos.

Luchó por liberarse mientras el caballo ganaba velocidad bajo ella. Él se detuvo, pero cuando ella trató de deslizarse hacia el suelo, su agarre sólo se hizo más fuerte.

Ella sintió su respuesta, además de oírla, porque las palabras retumbaron en lo más profundo de su pecho. "Puedo encargarme de usted, señora, o puedo encargarme del caballo. Si insistes en luchar conmigo, te dejaré y seguiré mi camino. Si está dispuesta a recorrer los acantilados de Cornualles a pie y en la oscuridad, entonces, por supuesto, continúe como hasta ahora".

Arabella se congeló contra él, imaginando las alternativas. Estaba sola, salvo por él, y no tenía ni idea de la distancia que podría haber hasta la posada o granja más cercana, ni siquiera en qué dirección tendría que caminar. Podía morir en una caída o congelarse antes del amanecer. El cielo se había abierto y la lluvia caía a cántaros sobre ellos, y a través de la apertura de su capa podía ver los primeros relámpagos a lo lejos. Si lograba escapar, en unos instantes estaría empapada hasta los huesos. Incluso si llegaba al suelo, no podría huir del caballo, pues el hombre cabalgaba como el diablo y no parecía inmutarse lo más mínimo por el tiempo.

Le rodeó la cintura con los brazos para aferrarse a él, apoyando la cabeza en su pecho y cerrando los ojos.

Abrió la capa y le puso un dedo bajo la barbilla para levantarle la cabeza y poder verle la cara en la oscuridad. Luego sonrió y la miró a los ojos. Los suyos eran oscuros, tan negros como el cielo a medianoche, titilando con el reflejo de los relámpagos. Se perdió en ellos y, aunque el miedo seguía acechando en el fondo de su mente, la voluntad de escapar se desvaneció. Para bien o para mal, él la tenía ahora y haría lo que quisiera.

Se rió al sentir cómo ella se sometía a él, e hizo que el caballo se encabritara y bailara bajo ellos. Ella lo abrazó aún más fuerte, totalmente rendida. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre, y sus sentimientos oscilaban entre el terror por su futuro y la mortificación de que, aunque no tuviera nada que temer de su salvador, alguien pudiera enterarse de los detalles de su rescate y

saber lo rápido que había abandonado el decoro.

Cuando estuvo seguro de que había ganado, asentó el caballo, lo espoleó y se adelantaron a la tormenta en un galope enloquecido. Ella volvió a enterrar la cara contra él, sin querer ver adónde se dirigían, ya que no tenía medios para detenerlos.

El viaje parecía eterno. El tiempo se ralentizaba y la escena del bosque se hacía más lejana en su mente a medida que aumentaba su distancia física. Un sopor se apoderó de ella, enroscándose en su mente como los zarcillos de una enredadera, dejando sus pensamientos inconexos y revueltos. Deseó que el hombre que la sujetaba se detuviera el tiempo suficiente para dejarla cambiar de asiento y montar a horcajadas. No sería más impropio de una dama que su posición actual, pegada a su cuerpo, y mucho menos precaria. Pero él no pareció darse cuenta y la sujetó con más fuerza a medida que aumentaba la velocidad.

Al menos debería presentarse, pensó. Exigir el nombre del hombre a cambio. Agradecerle su ayuda. Y tal vez pedirle, lo más educadamente posible, que dejara un poco de espacio entre sus cuerpos para permitirle a ella una pizca de pudor. Pero se sentía demasiado cansada para moverse, y mucho menos para hablar. Se juró que, pasara lo que pasara, no se desmayaría. Pero, ¿qué daño podía hacer si se relajaba y dejaba que él la abrazara? Dejó que su cabeza se apoyara en su pecho, sintiendo el vello de su cuerpo rozar su mejilla a través del cuello abierto de su camisa. Era extrañamente reconfortante y...

algo más.

Si lograba recomponerse, tal vez encontrara un nombre para las sensaciones desconocidas que sentía mientras él la abrazaba. Sin duda eran perversas. Maldijo su debilidad. Si hubiera estado en plena posesión de sus facultades, sabía que no estaría disfrutando de ellas. El Señor sabía si su salvador era santo o pecador, pero si su futuro inmediato era el rapto, solo podía esperar que el tuviera la intención de esperar hasta que hubiera una cama caliente y seca en la que deshonrarla. No tuvo la voluntad de luchar contra él.

Por fin pudo sentir que su ritmo empezaba a ralentizarse. Cuando se obligó a abrir los ojos y miró por debajo de la capa, pudo ver que se acercaban a una casa señorial. El camino era largo y curvo, con árboles que frenaban el ritmo de la lluvia pero daban la impresión de ser un túnel largo y oscuro. A través de las ramas vislumbraba de vez en cuando la casa: una silueta maciza contra el negro del cielo tormentoso, sus ventanas apagadas brillando como obsidiana contra la piedra gris oscura de los muros.

Cabalgó hasta la puerta de hierro abierta y la atravesó, directamente hasta la casa. No había lámparas encendidas en el camino, ni lacayos en la puerta, ni velas de bienvenida brillaban a

través de las ventanas. No había ningún indicio de que dentro se encontraría mejor de lo que había estado en el bosque, rodeada de degolladores.

Se apeó, tirando de ella, y señaló la puerta. "Bienvenida a Penlowen. Mi hogar". Abrió la puerta él mismo y le hizo señas para que entrara. "Debo ver a mi caballo. Por favor, espere aquí". Sin más palabras ni explicaciones, cerró la puerta tras ella, dejándola sola en el silencio sepulcral del vestíbulo.

# Capítulo Dos

Arabella esperó, escuchando el eco difuso del portazo, esperando oír la llegada de los criados. Seguramente el ama de llaves llegaría enseguida para ofrecerle una bebida caliente, o al menos un lugar junto al fuego de la cocina. Debía de haber alguien que se preocupara de que el amo hubiera salido en medio de una tormenta y que esperara ansioso su regreso sano y salvo.

No había nada. Sus oídos se aguzaron en busca de cualquier sonido que indicara vida y actividad, pero sólo oía el viento y la lluvia en el exterior, lejanos a través de los muros de piedra, más suaves que el arañar y roer de los ratones en la oscuridad. Tuvo la vana fantasía de oír las pisadas de las arañas en las paredes, pues seguro que había alguna. La habitación estaba apenas iluminada y no podía ver las esquinas. La araña que había sobre ella estaba a oscuras, y las pocas velas de los candelabros de la pared no iluminaban lo suficiente como para mostrarle todo.

Se volvió y miró a su alrededor. Aparte de las velas, no había decoración en las paredes, que eran de la misma piedra gris que las escaleras que conducían directamente a la oscuridad frente a ella.

Levantó la mano y sacó una vela de su soporte, intentando iluminar más arriba. Tuvo la turbia impresión de ver una galería sobre ella, y contornos rectangulares a lo largo de las paredes, cuadrados de un negro más intenso que podrían ser retratos o tapices. Agitó la vela hacia los lados. Pasillos oscuros como cuevas a izquierda y derecha. Bajó unos pasos por el que estaba a su derecha y llamó vacilante en la oscuridad, luego esperó una respuesta.

El silencio le devolvió el eco.

Era ridículo. No tenía sentido quedarse en el umbral de la puerta con frío, cansada y asustada. Seguramente su salvador no había querido que hiciera eso. Sólo tenía que adentrarse unos pasos en la oscuridad, abrir una puerta y encontraría el fuego del salón. Entonces podría esperar cómodamente. Dejaría la puerta de la habitación abierta, y su anfitrión la encontraría cuando regresara. Si era su casa, entonces adivinaría adónde había ido.

Arabella llevó la vela hacia el pasillo de la izquierda y sintió que la oscuridad la envolvía como una manta. El aire del pasillo era frío y húmedo, y se estremeció contra él, dando un paso atrás involuntario, hacia la entrada poco iluminada.

Luego se reprendió a sí misma diciéndose que no tenía sentido tener miedo a la oscuridad y volvió a avanzar. Después de lo que le había ocurrido esa noche, debería saber que no había terror en estar sola.

Sin embargo, no pudo evitar la sensación de que no estaba sola. No

se oía nada, pero aun así...

Abrió la primera puerta de par en par y la recibió una oscuridad aún más profunda que la del vestíbulo. La luz de la vela luchaba por entrar en la habitación vacía, y la llama parecía retroceder hacia la vela con desesperación. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, pudo ver la silueta de los muebles, envueltos en fundas holandesas, que asomaban como fantasmas en la oscuridad. Una corriente helada soplaba desde la chimenea apagada. Eso era lo que hacía parpadear la vela. Sacudió la cabeza. Si su anfitrión no tenía intención de mantener el fuego encendido, era una tontería que no cerrara la chimenea.

Volvió a estremecerse, mientras la humedad de la habitación le calaba hasta los huesos. ¿Cómo podía soportar el oscuro jinete dejar la casa en estas condiciones? Aunque todavía no olía a moho, las alfombras y los muebles pronto se estropearían si no mantenía las ventanas cerradas y el fuego encendido. Ahora que se alejaba de la entrada, la casa le parecía tan húmeda como si estuviera en los acantilados del Fin del mundo.

Se volvió e intentó abrir otra puerta, pero el resultado fue similar. Allí estaba la tenue forma de una silla volcada, que se veía en un breve relámpago a través de las cortinas abiertas de la ventana. Pero su vela apenas penetraba en la oscuridad, y el aire parecía tan frío y húmedo como una tumba.

Debía de haber alguna habitación en uso. Si no, ¿por qué la había traído aquí? Pero no podía evitar la sensación de que si se volvía para examinar el otro pasillo, encontraría lo mismo: oscuridad, silencio, decadencia. ¿Su salvador vivía en una ruina en ruinas, con la única compañía que le brindaban unas pocas velas?

Tal vez la casa no era suya, sino que había sido abandonada por sus dueños. Sería un lugar excelente para detenerse si pretendía algo distinto al rescate y no deseaba ser interrumpido.

"Usted no debería estar aquí".

Ella se sobresaltó al oír su voz, que se hacía eco de los sentimientos de su corazón. La llama de la vela saltó salvajemente mientras su mano temblaba.

"Le pedí que me esperara en el hall de entrada. No es seguro en la oscuridad". Su anfitrión estaba de pie detrás de ella, y su presencia proyectaba un aire de amenaza sobre el ya poco acogedor pasillo.

"Ahora estoy a pocos pasos de allí", dijo ella, tratando de recuperar el aliento. "No es como si el pasillo estuviera lleno de trampas". Agitó la vela para iluminar el suelo y lo golpeó con el pie. "Bastante sólido, creo. De piedra. Cien años de antigüedad, por lo menos. No veo peligro en un poco de oscuridad y unas cuantas habitaciones vacías".

Se rió sin alegría. "Entonces tal vez tus nervios son más fuertes que los míos. Por favor. Volvamos a la entrada". Dio un paso

deliberadamente detrás de ella, como si quisiera vigilarla, y la dejó guiar durante los pocos pasos hasta la puerta principal.

Deseó que se hubiera ido antes, porque la ponía nerviosa saber que estaba detrás de ella, donde no podía verlo. En cuanto llegó al vestíbulo, se dio la vuelta para poder observarle. Pasó junto a ella, hasta que tuvo una pared a sus espaldas, en lugar del vacío del pasillo.

Arabella levantó la vela para poder verle la cara. Y tuvo que sostenerla en alto, porque él era mucho más alto que ella: más de metro ochenta, con el cuerpo ancho y musculoso que había sentido detrás de ella en el caballo. Aún tenía la ropa mojada por la tormenta. Aunque no llevaba abrigo ni chaleco, parecía ajeno al frío del aire. El blanco crudo de su camisa parecía brillar en la tenue luz del vestíbulo, acentuando su tez, bronceada de un marrón intenso. Se pasó rápidamente una mano por el pelo negro, sacudiéndose los últimos restos de lluvia de los mechones desgreñados, y la miró fijamente con ojos igualmente negros, ilegibles en la oscuridad.

Ella se humedeció los labios. "Supongo que debería darle las gracias por salvarme, señor...".

"Teniente Richard Acherton, señora. Antiguo miembro de la caballería de Su Majestad, ahora retirado". Hizo una leve reverencia, con precisión militar. "Bienvenida a mi casa".

Ella miró a su alrededor, tratando de imaginar el edificio que había visto como la casa de alguien, ya que le parecía tan lejos de ser cómodo como cualquier otro lugar en su experiencia.

Se aclaró la garganta y ella volvió a mirarle. "Oh, sí, lo siento. Me había olvidado de mí misma. Me llamo Arabella Scott. Viajaba hacia St. Ives cuando mi carruaje fue asaltado. Los salteadores de caminos nos alcanzaron de repente, prescindieron de los conductores y tomaron las riendas. Debieron pensar que no había pasajeros. Pero cuando se dieron cuenta de que yo seguía dentro... Sospecho que pretendían... " Los detalles de la noche volvieron a su mente. Se le entumecieron los dedos y dejó caer la vela que sostenía, aumentando la penumbra a su alrededor.

El teniente se agachó para recogerla del suelo y la cogió por la muñeca. "Lamento que se haya visto obligada a experimentar lo que experimentó, señorita Scott". La atrajo hacia sí hasta que estuvieron cerca de la otra luz, como si pudiera apartarla del recuerdo. Entonces volvió a encender la vela en su otra mano.

"Está bien", dijo ella, aunque no podía dar seguridad a su voz. "Y le estoy muy agradecida por su ayuda. Si no hubiera venido cuando lo hizo..."

"A menudo recorro la tierra de noche". Él la interrumpió de nuevo. "Me ayuda a dormir".

¿Le resultaba relajante galopar en la oscuridad? El hombre debía de

estar loco. Ella vio una mirada atormentada en sus ojos que no había notado antes.

A su vez, él debió ver la duda en los suyos. "Conozco bien los caminos, al igual que mi caballo. Sospecho que podríamos recorrer algunas partes con los ojos cerrados. Un poco de luz de luna es todo lo que necesito para recorrerlos con seguridad".

Dudaba que pudiera calificar de especialmente seguro el viaje que habían hecho. Rompió la mirada para fijarse en la mano de él, que aún la sujetaba por el brazo. Tal vez pretendía tranquilizarla, pero se preguntó si la soltaría en caso de que se resistiera.

Como si lo hubiera entendido, se llevó la mano al costado y murmuró: "Aun así, debo pedirle disculpas por lo ocurrido. Una dama no debería haber sufrido semejante agresión en un simple viaje por el campo. Ni la violencia contra su persona, ni mi violencia al detenerla".

"Difícilmente podría haberlo previsto, teniente."

"De todos modos, me siento responsable". Su tono cambió a medida que hablaba, hasta ser casi suave. "Es mi propiedad la que esos hombres utilizaban como refugio. Mi familia ignoró el problema durante demasiado tiempo, y elementos desagradables han reclamado gran parte de mis tierras como suyas. Debo trabajar para restablecer el orden antes de poder sentirme realmente en casa aquí".

Miró la casa a su alrededor y sacudió la cabeza. "Yo también lamento no haber podido llevarle a un rescate más seguro. Pero con la tormenta a punto de desatarse esta casa era el único refugio que podía ofrecer". La dulzura había desaparecido de su voz para ser sustituida por la amargura.

Era una afirmación sorprendente. ¿Qué podía ser más seguro que la casa de aquel hombre, si la tierra de fuera era salvaje y plagada de ladrones? Miró a su alrededor a la tenue luz de la vela. "Estoy segura de que será más que confortable. Y bastante mejor de lo que estoy acostumbrada". Pero no pudo ocultar el escalofrío que sintió al pensar en las habitaciones vacías que tenía a sus espaldas, y se acercó más a las velas.

"No es lugar para una dama. Dudo que haya habido aquí una huésped femenina en muchas generaciones".

Ella sonrió ante la idea. "Hace que suene muy monástico".

"Esa no fue mi intención. Sólo quiero advertirle de que es una vida dura, y disculparme por ello". Miró la tenue llama frente a ella. "Y debo pedirle que tenga más cuidado con las velas. No estaría bien que nos pillaran a oscuras en Penlowen". Y luego miró hacia las sombras detrás de ella, y su rostro contenía un curioso temor.

Le pareció bastante extraño que un hombre que momentos antes había demostrado no tener miedo, que no tenía piedad a la hora de despachar a los salteadores de caminos y que cabalgaba a toda

velocidad por la noche, tuviera miedo de la oscuridad en su propia casa. Pues tenía miedo. Ella estaba segura. Cuando no creía que ella lo observaba, sus ojos se movían inquietos por la habitación y miraban los pasillos vacíos como si esperara ver algo.

Pero si tenía miedo, ¿por qué no tenía más luz? Quizá no podía permitirse las velas. Una casa grande no siempre significaba una gran fortuna. Si no había dinero para luz o calefacción, entonces sería muy ingrato por su parte esperar de él más comodidades de las que él se tomaría para sí mismo. Le había salvado la vida. Podía arreglárselas durante una noche con un poco de incomodidad.

Ella le sonrió. "Como desee, teniente". Volvió a cogerle la vela. "No conozco los alrededores de su casa, y ya me las he arreglado para meter la pata por un ala no utilizada. Siento haber abusado de su hospitalidad. Pero le aseguro que no era mi intención".

"Mi querida Srta. Scott, no tiene por qué disculparse. Es bienvenida a las comodidades que pueda darle, mientras esté aquí." Sus palabras eran galantes, pero lanzó otra mirada nerviosa por el pasillo detrás de ella. "Pero es poco probable que se encuentren en ese pasillo en particular".

"¿Habrá algún lugar donde pueda esperar? ¿Hasta que pueda encontrar un sirviente que me acompañe a una posada?"

Cuando se encontró con su mirada, parecía aún más incómodo. "Me temo que un viaje fuera será bastante imposible. La tormenta..."

"Entonces, ¿una sala de estar, tal vez? Podría quedarme allí hasta que termine de llover. O hasta la mañana, si es necesario. Si pudiera disponer de una doncella para sentarse conmigo, le estaría muy agradecida".

Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos antes de responder. "También imposible, me temo. Me culpo por haberle traído aquí, cuando podría haber dado la vuelta y llevarle yo mismo a una posada. Pero estaba más lejos, y no estaba seguro del tiempo. En ese momento, pensé que este era el camino más seguro".

Volvió a abrir los ojos, como si se obligara a reconocer su presencia. "La verdad es, Señorita Scott, que no puedo ofrecerle más compañía que la mía. Tengo criados. Hay una pareja que está dispuesta a trabajar para mí a la luz del día. Pero es una casa grande. Sólo las habitaciones más necesarias están abiertas. Y en cualquier caso, no pueden ser persuadidos de pasar la noche bajo el techo de Penlowen. No ha sido una dificultad hasta esta noche. Estoy acostumbrado a las penurias, y me estoy acostumbrando a la soledad. Pero ahora, me temo, se la he infligido a usted".

"¿Sin sirvientes?" ¿Esperaba que pasara la noche sin compañía? Si alguien se enteraba de la verdad, ella dudaba que vieran su valía como compañera respetable.

Él leyó sus pensamientos. "No tema. No se correrá la voz más allá de estos muros. Encontraremos la forma de escoltarle de vuelta a la sociedad sin incidentes una vez que amaine la tormenta y salga el sol".

Algo era algo, en cualquier caso. "Gracias por su preocupación. Hasta entonces, ¿dónde puedo...?" Ella hizo un gesto con la vela, y lo vio estremecerse cuando la llama tembló.

"Tengo una tetera en el fuego, y una cena ligera esperando arriba. No es mucho, pero estoy dispuesto a compartir. ¿Me acompaña?" Le tendió una mano hacia la escalera y cogió la otra vela, llevándola delante de él.

Arabella le miró a la cara, que era amable pero seguía sin sonreír. No había rastro del sonriente jinete que había matado por ella y luego la había estrechado contra su pecho mientras galopaban. Su anfitrión estaba siendo tan cortés con ella como las circunstancias lo permitían. Si las cosas hubieran sido diferentes, incluso se habría sentido halagada por su atención. Se habría considerado afortunada, pues era un caballero de lo más apuesto. Era raro que un hombre así se fijara en ella, y mucho menos que se preocupara por su bienestar.

Pero él estaba tan sombrío y se comportaba de un modo tan extraño que ella sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca ante su simple ofrecimiento de tomar un té. Tras una breve vacilación, le precedió y no se detuvo hasta llegar al rellano superior. Se volvió para verle subir los últimos escalones y vio que la oscuridad le seguía de cerca. Probablemente era el cansancio lo que hacía que las sombras parecieran agitarse como si algo estuviera vivo en ellas, justo fuera del alcance de la llama de la vela. Apartó los ojos de ella para centrarse en el hombre que se acercaba, que se volvía más cauteloso a cada paso que daba dentro de la casa. Observaba su entorno como si se dirigiera a una batalla, no a tomar el té.

Pero cuando la miró, esbozó una sonrisa vacilante. "Ya casi hemos llegado. La primera puerta a la izquierda". Cogió el pomo y le hizo otro gesto, ayudándola a pasar y cerrándola tras ellos.

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse al resplandor de la habitación. Había velas en todas las superficies planas. En los apliques de las paredes, sobre las mesas, en las sillas de madera y en el suelo de piedra. Incluso en la repisa de la chimenea, aunque parecían apenas necesarias, ya que el fuego de la ornamentada chimenea de piedra ardía con un calor incómodo. El único punto oscuro de la habitación era el único lugar demasiado peligroso para albergar llamas: la gran cama con dosel en el centro de la pared opuesta.

Era el dormitorio de un hombre.

# Capítulo Tres

Arabella lo miró mortificada, tratando de decidir si se trataba de una extraña broma o simplemente de lo que había esperado cuando él la había subido a su caballo: un intento de violación o una perversa idea de seducción.

El teniente se encogió de hombros sin poder hacer nada. "Es todo lo que puedo ofrecer".

"Y totalmente inaceptable. ¿No creerá que soy tan simple como para quedarme toda una noche en la alcoba de un desconocido simplemente porque me dice que no hay otra habitación disponible?".

"Pero no la hay."

"Tire de la otra, señor, porque tiene timbres. El pasillo está lleno de puertas, y muchas de ellas deben conducir a habitaciones adecuadas."

"No están preparadas".

"No necesito preparación", insistió ella. "Puedo sentarme en el suelo en la oscuridad, si es necesario, con la puerta cerrada. O puedo confiar mi fortuna a la tormenta. O incluso tumbarme en la paja junto a su caballo si no hay otra opción".

Ella hizo ademán de marcharse, pero él la agarró por los hombros y la apartó de la puerta. "No harás tal cosa. Ese caballo es un compañero más peligroso que yo, señorita Scott, ya que fue entrenado para luchar en los campos de Portugal, y no tiene piedad con los que caen bajo sus cascos. Es un bruto despiadado".

"Como su amo". Ella forcejeó en su agarre y sintió cómo la manga rasgada se acomodaba alrededor de su muñeca y resbalaba hasta el suelo mientras los dedos de él se clavaban en la piel desnuda de su brazo.

Él la soltó y contempló horrorizado las marcas rojas de sus dedos en la pálida piel de su brazo. Cuando habló, su voz era ronca. "Tal vez. Pero ninguno de los dos es tan peligroso como lo que le espera fuera de esta habitación".

Luego retrocedió hasta apoyar la espalda contra la puerta. "Lo siento, Srta. Scott. Pero debo insistir. Se quedará aquí conmigo hasta que salga el sol. El resto de la casa no es apta para visitas". Hizo una pausa. "No es seguro."

"Eso es una tontería, señor." Pero él era tan inflexible que ella no podía sonar tan segura como se sentía.

"Tal vez. Pero recuerda que tiene que agradecerme su rescate. No me consideró tonto cuando prescindí de sus captores. Así que debe complacerme en esto".

Enderezó los hombros y le miró fijamente, tratando de parecer lo más severa y poco acogedora posible. "No quiero parecer desagradecida,

teniente. Pero hay límites a lo que haré por usted en agradecimiento. Lo que me sugiere es poco mejor de lo que me esperaba a manos de esos ladrones. No compartiré cama con usted".

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica. "No espero que lo haga. Dije que compartiríamos la habitación. La cama es suya, si deseas descansar. Yo duermo mejor a la luz del día. Pero si tengo que dormir esta noche, será en el suelo, entre la cama y la puerta. En cualquier caso, las velas estarán encendidas todo el tiempo, para que vea que no quiero hacerle daño".

¿En serio querría dormir en el suelo como un perro? Debe haber lugares más cómodos en la casa, o incluso en esta habitación, donde podría acostarse. "No lo entiendo."

"Y no puedo explicárselo mejor. Lo lamento. Confió en mí antes. Por favor, confíe en mí ahora".

No era como si ella tuviera muchas opciones en esa materia. En el pasillo de abajo, casi había olvidado el miedo que le tenía. Pero ahora, en los confines del dormitorio, parecía aún más grande e intimidante que cuando estaba en el bosque, y su comportamiento no hizo nada para disipar su temor. El hombre estaba claramente loco. Intentaba encerrarla contra su voluntad, y ella sólo tenía su palabra de que lo que hacía era por su seguridad.

Si intentaba rodearlo, él podría bloquearla sin esfuerzo, y ella sospechaba que volvería a ponerle las manos encima si persistía. Aunque no quisiera hacerle daño, podría perjudicarla con sus intentos de ganarse su obediencia. Se frotó las marcas en el brazo, donde la había sujetado, y vio que se ponía colorado de vergüenza.

"Por favor". La palabra salió de él en un susurro entrecortado.

Ella le miró a la cara y vio una evidente angustia, no malicia ni lujuria. ¿Quizás decía la verdad tal y como él la entendía? En su mente, vagar sola por la casa era un peligro mayor para su persona que la destrucción de su reputación. Si ella tenía suerte, él era excéntrico pero inofensivo. Mientras ella no desafiara su engaño, él la liberaría por la mañana. De no ser así, se habría visto arrastrada de la sartén al fuego, y poco podía hacer salvo esperar lo inevitable. Por un momento, el frío de las oscuras habitaciones pareció tocarla de nuevo, y el vello de su brazo desnudo se erizó en respuesta.

Esbozó una sonrisa que esperaba no fuera demasiado falsa. "¿Cómo puedo resistirme a tanta hospitalidad?".

Él le devolvió la sonrisa, igual de insincera. "Y ahora le seguirás la corriente al idiota, ¿verdad? ¿Para no disgustarle? Sí, muy bien. Tal vez esté loco. Mientras hagas lo que te pido, no me importa lo que pienses de mí". Echó el cerrojo de la puerta tras de sí y se quedó mirándola un momento. Sus ojos parecían detenerse demasiado en el vestido roto y en el cuerpo que llevaba dentro. Ella se tensó cuando él

le tendió la mano. Pero él le puso una mano en la manga que le quedaba del vestido y la guio por el codo hasta una silla junto al fuego. "¿Una taza de té, quizás? ¿Y algo de comer para levantarte el ánimo?".

Arabella lo vio pasar junto a ella para arrodillarse junto al hogar, y por un momento consideró la posibilidad de salir corriendo hacia la puerta desprotegida. ¿Pero de qué le serviría? Si pretendía apoderarse de ella, seguramente la atraparía antes de que pudiera dar más de unos pasos. Le había visto actuar con rapidez y sin vacilar cuando las circunstancias lo requerían.

Estaba lejos, muy lejos de cualquiera que pudiera acudir en su ayuda, en caso de que la necesitara. Pero tampoco saldría a la luz la verdad si se arruinaba. Podía pasar cualquier cosa, y nadie lo sabría jamás.

La idea le asustaba aún más por la emoción que le producía. Recordó lo fácil que había sido ceder ante él cuando le había exigido obediencia a caballo. ¿Quizás su encuentro con los salteadores de caminos la había desquiciado? Porque si llegaba el momento en que el teniente Acherton exigiera su recompensa, no estaba segura de lo que haría en respuesta.

Su postura parecía más fácil, ahora que la puerta estaba cerrada, y hurgó en los leños de la rejilla, haciendo que el fuego bajo la tetera comenzara a arder. Formaba una extraña estampa, pues las tallas a ambos lados del fuego parecían cernirse sobre él. Mientras trabajaba, le flanqueaban dos ángeles de piedra negra, que eran casi tan altos como su anfitriona cuando estaba de pie. Estaban uno frente al otro sobre el fuego, con la espalda encorvada para sostener la chimenea sobre sus alas extendidas. Tal vez sus posturas pretendían parecer acogedoras o reconfortar al dueño de la habitación. Pero, en lugar de eso, parecían amenazarle, con los dedos acusadores y las manos tendidas para agarrar y no para calmar.

No era de extrañar que su anfitrión estuviera enfadado. Si el resto de la casa estaba decorada de la misma manera, debía de ser una presa en su mente. Desde luego, a ella también.

Se arrodilló a sus pies, cortando pan y queso, y luego se lo tendió, con la cabeza inclinada. Cuando se volvió para preparar el té, un mechón de pelo le cayó sobre la cara y se lo apartó distraídamente. Y ella pensó, por si quería esbozarlo, que la escena que se presentaba era la de un hombre corriente ensombrecido por fuerzas que escapaban a su control.

El teniente sacó té de una cajita de hojalata, remojó las hojas y vertió el resultado en una taza. Esta vez, cuando levantó la vista para ofrecerle el té, sus ojos se encontraron con los de ella. Con la luz del fuego brillando sobre su pelo húmedo, acentuando su fina barbilla y

sus fuertes hombros, parecía muy guapo y nada amenazador. Recordó la sensación de su cuerpo contra su mejilla e inmediatamente deseó poder olvidarla. Había sido la experiencia más íntima de su vida. Mucho más que los pocos bailes a los que había podido asistir, en los que no había nada tan atrevido como un vals.

Él interpretó su vacilación como reticencia. "De nuevo, siento ofenderte. Pero debemos compartir la copa. Sólo hay una". Por un momento, su rostro se iluminó con una sonrisa desconcertada. "Lo último que esperaba en la tierra esta noche era que estaría entreteniendo a una dama en mi habitación". Bebió un sorbo y le tendió la taza.

Nada de veneno ni drogas para dejarla indefensa y a su merced. Casi se rió de las escabrosas fantasías que se habían formado en su mente. De repente todo parecía muy inocente, y estaba claro que la situación era tan incómoda para él como para ella. "Créame, teniente, eso es un consuelo y no un insulto. No me habría asegurado de sus intenciones, si la hubiera encontrado bien preparada para recibirme".

Volvió a ofrecerle el té e inclinó la cabeza en señal de deferencia. Ella lo tomó y sintió que sus dedos rozaban los de él, ignorando la pequeña emoción que sintió al hacerlo. Luego tomó un sorbo y se lo ofreció de nuevo. Él volvió a beber.

"Juro por mi honor que mi intención esta noche es la misma que cada noche que permanezco aquí: ver amanecer. Y entonces retomaremos tu viaje, pues no deseo detenerte".

La afirmación era extraña, pues no entendía cómo estando a salvo y secos en el interior, mientras la tormenta arreciaba en el exterior, podía dar lugar a una descripción tan funesta de la noche. Pero su posición a sus pies lo hacía parecer extrañamente caballeroso, y ella sintió que un embarazoso rubor coloreaba sus mejillas.

"No fue usted quien me detuvo. Creo que la culpa es de los salteadores de caminos". Ella se estremeció.

Él la miró con preocupación. "No te han hecho daño, ¿verdad? Debo decir que te lo estás tomando todo sorprendentemente bien. Algunas mujeres quedarían postradas por los acontecimientos de esta noche".

Pensó en lo que había ocurrido, como si lo viera a través de una gasa: el sonido de las voces, la sensación de las manos sobre su cuerpo y la sangre y el estruendo de su rescate. Luego apartó los ojos de la mente, antes de que los detalles se aclararan. No quería recordar. "Sospecho que en algún momento cederé a mis emociones. Pero ahora no es el momento. Ya ha hecho bastante por mí, señor. Usted no debería tener que lidiar con una mujer histérica, también. "

Sacudió la cabeza con asombro, le devolvió la taza y se ocupó de la tetera. Cuando habló, sus ojos no se levantaron de su trabajo. "Usted es muy inusual, señorita Scott."

"No lo creo, Teniente. En cualquier crisis siempre debe haber alguien que mantenga la cabeza fría, que pueda poner el sentido común por delante de la acción precipitada o la emoción excesiva. Ese papel suele recaer en mí. No es muy interesante por mi parte, supongo. Pero estoy seguro de que a mi jefe le resultará muy útil".

Levantó la vista. "¿Jefe?"

Ella asintió. "Me dirigía al oeste, para ocupar un puesto como acompañante de una anciana en San Ives. Espero que la señorita Witherstone comprenda el retraso. Cuando las mujeres llegan a cierta edad, puede ser difícil hacerlas entrar en razón".

Se inclinó más hacia ella, mirándola fijamente a la cara, examinándola de cerca. "¿Iba a ser una acompañante a sueldo?".

Ella se rió. "Créame, señor, será mucho más fácil que ser una no remunerada. He estado cuidando a una tía anciana durante bastante tiempo. Aunque la quería mucho, al final no gané nada con ello. Dejó la casa y lo poco que tenía a una amiga de la familia. Ya no había sitio para mí".

Le cogió el plato. "¿Y no tiene más familia?"

"Ninguna, Teniente. Mis padres murieron cuando yo era sólo una niña. Mi tía era todo lo que tenía".

Él la miró aún más de cerca. "¿No hay amigos a los que pueda apelar?"

"Ninguno que quisiera que viviera con ellos. No deseo ser una carga para los demás hasta que me reúna con mis padres y mi tía".

"¿Está sola en el mundo, entonces? ¿Sin nadie que se preocupe de adónde ha ido?" Volvía a mirarla fijamente, sin hacer ningún esfuerzo por mitigar su atrevimiento.

A medida que el silencio se alargaba entre ellos, ella deseaba no haber sido tan abierta sobre su situación. Porque ahora sabía que si desaparecía mientras estaba a su cuidado, a nadie se le ocurriría buscarla. "No completamente sola", enmendó, con poca convicción. "Pero tengo poca experiencia, aparte de la que se adquiere cuidando a un inválido. Ahora que mi tía ya no está, tiene sentido buscarse un futuro haciendo lo que uno sabe, en lugar de lo que no sabe."

"¿Pero como acompañante remunerada? Perdone que se lo diga, señorita Scott, pero las acompañantes suelen ser solteronas con cara de suero".

Ella le devolvió la risa. "Tengo seis años y veinte, Teniente Acherton. Y soltera. Creo que podemos decir con seguridad que el término se aplica a mí".

"Pero eres hermosa". Lo dijo como si fuera una solución a sus problemas, no una opinión. Luego se inclinó hacia ella, de modo que la distancia entre ellos era inusualmente estrecha.

Casi derrama el té que habían estado pasando entre ellos en su

intento de deslizar su silla lejos de él. "Si no era obvio antes, entonces debería tomarlo como una señal segura de que no ha estado más en la sociedad que yo. Soy promedio, en el mejor de los casos, y sin fortuna. Estoy soltera a una edad en la que la mayoría de las mujeres tienen familias que cuidar. Soy totalmente inadecuada, se lo aseguro, para cualquier cosa que no sea un empleo gentil". Lo dijo con la mayor firmeza posible, con la esperanza de que su afirmación acabara con cualquier idea que el pudiera tener. "Estoy segura de que la señorita Witherstone espera ansiosamente mi llegada, y hará averiguaciones si no llego a San Ives en el coche de mañana".

Extendió la mano y le quito la taza de té de la mano, levantándola en un saludo simulado para reconocer su afirmación. "Me temo que tendremos que discrepar en varios de los puntos que ha ofrecido para apoyar su decisión. Porque creo que hay otros puestos más apropiados para usted que cuidar de pies y manos a una solterona reseca".

En un salón de baile, ella podría haber descartado sus palabras como un flirteo ocioso. Pero en un dormitorio, y acompañada por la intensa mirada que él le dirigía, sospechó que se trataba de una sugerencia menos honorable. "Tal vez, señor. Pero, como usted no tiene nada que decir en mi futuro, su desaprobación de mi elección cuenta poco".

"Esta noche eres una invitada en mi casa, y por tanto no tienes más remedio que escucharme". Él le sonrió, mirándola a los ojos como había hecho en el caballo. Y ella recordó con qué facilidad podía controlarla, si así lo decidía.

Sin quererlo, miró hacia la puerta.

"Ni se le ocurra". Lo vio tensarse casi imperceptiblemente, dispuesto a levantarse y cerrarle el paso si intentaba salir. "Como le decía, si no consigue dormir, se verá obligada a soportar mi discurso hasta mañana. Puede que no tenga nada que decir sobre su futuro, pero no ha dicho nada que cambie mi opinión sobre él. Describe una existencia miserable, una vida de servidumbre, como si fuera su primera elección y no la última."

"Es una excelente elección, y una que he considerado mucho". Levantó la barbilla en una muestra de orgullo. "No es como si fuera a ser una criada, Teniente. Una compañera no es tan baja. He oído que algunas son tratadas más como un miembro de la familia que como una sirvienta".

Resopló. "Si ser un Witherstone es un honor tan grande, ¿por qué no dan un paso al frente otros miembros de la familia para cuidar de los suyos?".

"¿Los conoce?" Ella se inclinó hacia delante, con la esperanza de obtener algún dato que hiciera que su futuro pareciera menos incierto.

"No, no los conozco. Pero conozco bien a los de su clase y puedo

adivinar lo que le espera en San Ives. Sospecho que cuando preguntó a la familia por la anciana le aseguraron que es una buena mujer, pero que rara vez tienen oportunidad de visitarla."

Era una descripción exacta de su entrevista con el sobrino de la señora en Londres, y ella hizo un leve gesto de confirmación.

"¿Pero no se le ocurrió preguntar por qué no podían haberla traído a Londres en su lugar? Apuesto a que si les hubiera oído hablar de ella en casa, se les habrían escapado las palabras '*embrague fruncido*' y '*agrio*'. Y habrían expresado el temor de que hay más piedra que marchitez en la vieja bruja. Quienquiera que la cuide pasará los mejores años de su vida en un duro trabajo".

Le irritó oír sus peores temores en boca de un extraño, y espetó: "Habla del trabajo de toda una vida como una maldición, no como una bendición. Al menos tendré la felicidad de saber que siempre tendré un desayuno en la mesa por la mañana y un techo por la noche. Eso es más que suficiente para estar contenta, y sin duda tanto como merezco".

Su rostro se torció en una sonrisa amarga. "Pero para alguien que anhela en secreto la libertad, es una sentencia de muerte. Debería pensar, por la forma ferviente en que lo defiende, que disfruta estando atrapada".

"Nunca me consideré atrapada". Hasta que me llamo así. Pensó las últimas palabras, y luego trató de no pensarlas antes de que él se las leyera en la cara. En cualquier caso, no era cierto. Se *había* sentido atrapada muchas veces. Y había aprendido que no servía de nada pensar así, porque eso no cambiaba los hechos.

"Miente". Él sonrió. "No sirve de nada disimular conmigo, ya lo sabe. Es usted tan fácil de leer como un libro abierto, Srta. Scott. Sus ojos son muy expresivos". Se detuvo un momento para mirarla y pareció perder el hilo de sus pensamientos. Luego dijo: "La verdad, por favor. Usted es joven y enérgica..."

"Me hace parecer un caballo".

Se rió. "Tal vez he pasado demasiado tiempo fuera de la sociedad, si eso es lo mejor que puedo manejar en cumplido. Pero usted tiene espíritu, señorita Scott. Ha sido puesto a prueba esta noche. Me cuesta imaginarla sentada tranquilamente junto a una cama el resto de su vida, subyugando sus necesidades a las de otro. ¿No encontró que el papel de enfermera era confinante? Y, ahora que está libre de él, ¿no desea algo mejor?".

"¿Yo, señor?" Ella miró al suelo junto a sus pies, porque mirarle demasiado tiempo a los ojos la ponía nerviosa. "Tiene una visión muy curiosa de mí para pensar eso".

"Sospecho que tengo una visión bastante precisa de usted, desde donde estoy sentado". Incluso sin mirarlo, pudo sentir su mirada

recorriéndola con una intimidad inapropiada. "Parece una mujer atractiva que se ha impuesto limitaciones, más por miedo que por necesidad. Finge desear la vida que ha elegido, pero en el fondo sabe que miente. Quiere más. Me doy cuenta".

Arabella había estado satisfecha al principio de la velada. Pero ahora estaba cansada, y sus continuas preguntas sobre algo que ella no podía cambiar le hacían doler la cabeza. "¿Qué le importa a usted?", dijo, y le devolvió la mirada desafiante. "Y no podía quedarme sentada en Londres, esperando un futuro que nunca llegaría. Es mejor salir y aprovechar el día que esconderse en la habitación esperando que la vida venga a uno".

Lo último que dijo pareció desconcertarle, y ella vio que en sus ojos brillaba la ira. Luego sonrió lentamente y dijo: "Tal vez. Pero dicen que, a veces, la discreción es la mejor parte del valor. Volveremos a hablar de su futuro por la mañana, cuando nuestras circunstancias no sean tan inusuales".

"Dudo que sea necesario", dijo ella.

Y él sonrió de nuevo y dijo: "Verá que puedo ser bastante persuasivo cuando me lo propongo".

Sintió que le subía el rubor a las mejillas y trató de reprimirlo, pensando con calma y sensatez en su futuro en San Ives. Tal vez su vida no fuera muy emocionante, pero estaba ordenada y libre de preocupaciones. Seguiría su camino por la mañana, y ningún halago de un peligroso desconocido cambiaría eso.

Pero él había mirado en su corazón y había visto que estaba descontenta. Y él debía saber cómo la afectaba, o no la atormentaría con ello. Si ella se lo permitía, se introduciría en su alma como el mismísimo Diablo, con palabras astutas y miradas oscuras, y promesas de cosas que ella no tenía derecho a desear. Debía mantenerse en guardia contra la tentación, pues apenas era medianoche y faltaba mucho para el amanecer.

Se sumieron en un silencio que a ella le incomodó, pero que a él pareció satisfacerle. Los relámpagos iluminaban la ventana y ella podía oír la lluvia golpeando el cristal. Pero la gran casa de piedra se mantenía firme contra el viento, tan inamovible como su dueño. Bostezó y apoyó la espalda en la pared junto al fuego, estirando las piernas hacia delante. Tendría que pasar por encima de él si quería intentar llegar a la puerta.

Ella observó con inquietud cómo él abría una bolsa que llevaba en la cintura, sacaba aceite y trapos, y se ponía a limpiar la pistola que llevaba guardada en el cinturón, mirando el cañón vacío, comprobando el pedernal, limpiando la madera y engrasando el metal. Luego sacó una bolsita más pequeña, de pólvora, y la vertió en el orificio de cebado.

"Si esto pretende ser una amenaza", dijo, "no lo está consiguiendo. No puede ser un gran hombre si necesita armas de fuego para someter a una sola mujer".

Él la miró sin hablar. Su mirada era firme y penetrante. Su silencio le dio tiempo suficiente para recordar que era lo bastante hombre para cualquier cosa que se propusiera. Entonces dijo: "No tendría mucho sentido dispararte después de gastar la energía necesaria para salvarte la vida. Sean cuales sean los nefastos planes que crees que estoy urdiendo contra tu persona, debes darte cuenta de que no me resultarían ni mucho menos tan satisfactorios si tuviera que meterte una bola para llevarlos a cabo." Su mirada se detuvo demasiado tiempo en ella, como si estuviera considerando si valía la pena molestarla, incluso sana y salva.

Luego le tendió la pistola, con la empuñadura por delante. "Si tengo que usarla esta noche, a mi adversario no lo disuadirá el plomo. Adelante", le instó. "Tómela y examínela. Si cree que puede robarla y usarla contra mí, no le servirá de nada. Hay pólvora y pedernal preparados, pero no hay bala. Apretar el gatillo resultará en fuego y ruido, y poco más".

Ella se negó a aceptarla. "¿Por qué molestarse, entonces?"

"A veces, un destello de luz y una fuerte explosión es todo lo que se necesita. Rompe el estado de ánimo". Volvió a mirar a su alrededor, buscando en los rincones de la habitación, y terminó mirando fijamente la puerta cerrada del dormitorio. Y ella vio en él una pizca del miedo irracional que le había mostrado en el pasillo. Cuando volvió a mirarla, la locura había pasado, y su tono y su expresión eran bastante normales. "Bien sabe el Señor que el ambiente de mi casa necesita alterarse con frecuencia. Ahora, intente descansar, si quiere". Hizo un gesto hacia la cama y volvió a guardarse la pistola en el cinturón, al alcance de la mano. Apoyó la cabeza contra la pared, con los ojos entrecerrados, obviamente en guardia contra algo.

¿De verdad esperaba que ella durmiera mientras él estaba sentado en el suelo, mirándola fijamente y pensando sólo Dios sabía qué? Ella negó con la cabeza.

"Como quiera. No me importa si prefiere quedarse junto al fuego y hacerme compañía". Su sonrisa era de suficiencia.

Sus ojos se entrecerraron. No era eso lo que ella deseaba, y él lo sabía. Pero ahora la miraba como si esperara una conversación. Y su intenso escrutinio mientras estaba despierta era tan malo como el miedo a que la observara dormida. Por fin decidió que cualquier cosa sería mejor que el silencio, y dijo: "¿Así que era soldado de caballería?".

Él la miró como si fuera idiota y respondió: "Sí". No le dio más información ni intentó tranquilizarla.

"Debió de ser una vida emocionante".

Siguió observándola. "Algunos dirían que sí".

"¿Pero no usted?", insistió ella.

"Compré una comisión y esperaba hacer fortuna. Fracasé". Por un momento se quedó pensativo, como si examinara su vida objetivamente, desde una gran distancia. "Tal vez la marina hubiera sido una mejor elección. Hay ricos premios para los oficiales que toman barcos franceses. Pero en el mar los ascensos tardan en llegar, y el mejor dinero se lo llevan los que hacen carrera. Yo buscaba un ascenso rápido, no una vida dedicada al servicio y lejos de casa".

Miró las paredes oscuras y sin decorar de la habitación. "Entiendo que le cueste marcharse, si todo esto le pertenece", dijo secamente.

Él rió, largo y tendido, secándose las lágrimas de los ojos. "Sí, señorita Scott, fue con gran remordimiento que estuve dispuesto a renunciar a la ocupación de tan magnífico hogar para tomar las armas por el rey y el país".

Volvió a mirar la habitación, con ojo crítico. "No estaría tan mal si estuviera dispuesto a ponerle empeño".

"Una mano de pintura, unas cortinas nuevas y una buena limpieza supondrán una gran diferencia. ¿Cómo he podido ser tan negligente?". Sacudió la cabeza. "Qué mujer."

"Espero ser muy mujer", respondió ella.

"No lo dudo. El hambre que acompañaba a esta afirmación demostraba que él no había olvidado el hecho.

Arabella giró la conversación con cuidado, con la esperanza de distraer su mente del tema de su género. "¿Pero era necesario comprar una comisión para sobrevivir? Seguro que hay tierras anexas a la propiedad que le permitirían ganarse la vida, si sus gustos fueran sencillos".

"Una vida muy pequeña, se lo aseguro. Podría permitirme una casa en el pueblo con los inquilinos que me quedan. Pero no podría residir en Penlowen". Miró hacia la ventana, en la oscuridad. "En otro tiempo, mi familia era propietaria de todas las tierras de la zona. Había granjas. Pesca abundante. Incluso una pequeña mina. La gente era feliz y próspera. Pero entonces, todo cambió".

"¿Por qué?" murmuró ella, pensando en el país salvaje por el que habían cabalgado, incapaz de contener su curiosidad.

"Un antepasado lo dilapidó todo. Dejó que se arruinara. Los arrendatarios se marcharon y los bandidos se apoderaron de las tierras. Desde su época, hace cien años, la casa ha estado deshabitada, y las cosas han ido de mal en peor. Yo me crie en el pueblo, no lejos de aquí, en una casita poco mejor que el resto".

Su rostro se endureció. "Y cuando miraba por la ventana, veía esta casa, en la colina que domina el pueblo. Me quedaba mirándola, con

la barriga vacía y la mente llena, y sabía que por derecho debería venir a mí. Que si no fuera por el destino, y la debilidad de mi familia, Estaría en una gran habitación, con carbón en la chimenea, y no sólo comida en mi plato, sino sirvientes detrás de mi silla. Vivir como un ratón en el pueblo puede haber sido suficiente para mi padre, pero no lo es para mí".

Se inclinó hacia delante, mirándola fijamente como deseando que lo entendiera. Tal vez debería haber pensado en hacerse a la mar, porque se parecía mucho a un corsario despiadado, con la pistola al cinto y el brillo loco en los ojos.

"Fui a la guerra con la esperanza de volver como un hombre rico. Tuve más que mi ración de sangre y muerte. Suficiente para dos hombres cualesquiera. Pero la recompensa fue escasa después de las batallas que libré. Oí que el camino desde Vitoria estaba lleno de tesoros, pero todo fue a parar a los dragones".

"¿Tesoro?", preguntó ella. "Seguro que no pretendía saquear el campo de batalla".

"Llevarse el botín de guerra no es saquear", argumentó él. "Donde van los muertos, no necesitan una bolsa".

"Pero esas cosas no le pertenecen", dijo ella.

"Tampoco pertenecen al enemigo. Tengo entendido que los húsares beben champán del orinal de plata que cogieron del equipaje del rey José. Bastante común por su parte, en mi opinión. Pero no puedes decirme que deberían haber devuelto el orinal a su dueño".

"Por esa lógica, deberías haberles quitado la caja fuerte a los salteadores de caminos. Después de acabar con ellos, ya no les serviría de nada". Al recordarlo, se estremeció.

"¿Me tomas por un vulgar ladrón, entonces? Estamos en suelo británico, no en guerra. No he caído tan bajo como para robar los carruajes que pasan por mi propiedad. Los hombres de la posada que llevan el carruaje del correo saben lo que hay que hacer con él, y me encargaré, si Dios quiere, de que les sea devuelto por la mañana." Levantó la barbilla y, a la luz del fuego, ella vio la nobleza de carácter que se escondía tras la crueldad que había mostrado. Luego la miró y su voz cambió. "Pero cuando veo algo hermoso, abandonado en un lugar de violencia, sin nadie que lo reclame, y sé que se echará a perder o se arruinará, dígame por qué, en la tierra de Dios, desearía dejarlo atrás".

Le cogió la mano y la miró a los ojos. Su mirada era más profunda y convincente que nunca. Y ella sintió que su voluntad empezaba a fallar. Le quitó la mano y se dio la vuelta. "Si pretende compararme con un objeto inanimado que se puede llevar de un lugar a otro sin pensar en mis sentimientos, está muy equivocado, teniente.

"Me refería a compararla con un tesoro", espetó. "Pero señorita

Scott, si desea ejercer su libre albedrío en el asunto del rescate de esta noche, entonces estaré encantado de devolverla al campamento de los salteadores de caminos".

El descaro de aquel hombre, que actuaba como si ella tuviera que disculparse por su respuesta a su atrevimiento. ¿Si no sucumbía a sus insinuaciones, pretendía devolverla al bosque solitario para que se las viera con los ladrones? La idea era aterradora y, por primera vez, sintió que el pánico reprimido se apoderaba de ella. "Sabe que no deseo eso, teniente. Sólo me molesta que me considere un desecho o un desperdicio por hacer este viaje. Me molesta la idea de que usted sepa mejor que yo lo que debo hacer con mi futuro. Y me molesta ser prisionera en esta habitación".

Volvió a inclinarse sobre ella, y ella sintió un claro aire de amenaza. "Dije la verdad tal como la veía, señorita Scott. No importa cuál sea su opinión sobre el asunto, la idea de que usted, con sus ojos finos y su suave cabello castaño, todavía en la flor de la juventud y la belleza, pase el resto de su vida inclinada sobre una cama de enferma es una abominación para mí." Se acercó aún más. "Leyendo sermones a una anciana adusta, con esa dulce boca suya, cuando hay tantos usos mejores para ella". Su voz se hizo más lenta y ella pudo sentir su aliento en la cara. Supo que quería besarla.

Una vez que lo hubiera hecho, no habría forma de saber qué pasaría. Porque si ella no lo lograba, no habría nadie más que pudiera impedirle ir más lejos. Estaba claro que en esta casa se había perdido todo decoro.

Y una parte de ella gritó en silencio. *Ah, sí. Por favor. Haz conmigo lo que quieras, porque lo quiero. Dame todo lo que puedas darme. Quiero sentirme viva... estar viva, y no encerrarme en una tumba.* Y el escalofrío que la recorrió fue tanto de miedo como de excitación.

Él lo vio y supo lo que era. Sus labios se posaron sobre los suyos y sus manos tocaron su rostro.

Y ella quiso más.

Era una locura. Estaba sobreexcitada por el estrés de la noche. Debería estar luchando por defender su virtud, no pensando en someterse. Lo apartó de un empujón y saltó de su asiento, corriendo hacia la puerta.

"Arabella, espera. No debes..."

*Pero ella había cruzado la habitación antes de que él pudiera levantarse, y había echado el cerrojo, puesto la mano en el pomo y girado. Apoyó el hombro contra el panel y, cuando la pesada puerta de roble estuvo abierta, se precipitó a través de ella y salió al vestíbulo.*

# Capítulo Cuatro

Arabella sintió que le arrancaban la puerta de la mano, como si él se la hubiera arrancado de un tirón y la hubiera cerrado de golpe tras ella. Y por un momento se vio sumida en una oscuridad más profunda que ninguna otra que hubiera experimentado jamás. Quiso creer que era el resultado del cambio de la luz a la oscuridad, que sus ojos se adaptarían con el tiempo.

Pero la idea le fue arrebatada de la cabeza en el mismo momento en que le arrancaron la puerta de la mano. *Estaba* oscuro, comparado con la habitación iluminada. Pero era una oscuridad antinatural, una oscuridad del alma y no de la atmósfera. Incluso cuando empezó a distinguir las formas de las cosas a su alrededor, se convenció de que nunca volvería a haber luz. No había esperanza ni futuro, y no volvería a ver el amanecer, pues era la oscuridad de la tumba.

Cada respiración contenía también el frío de la muerte. El calor de la habitación se le escapaba y la dejaba helada hasta los huesos. El aire era pesado, demasiado denso para pensar en moverse por él. Aunque quisiera, ¿adónde iría? Se volvió, segura de que la puerta debía de estar detrás de ella, pues no había dado un paso. Pero cuando la alcanzó, parecía estar a un millón de kilómetros de distancia. Luchó, agitando los brazos a su alrededor, aunque los sentía tan pesados como el plomo. En todas las direcciones no encontró más resistencia que el aire pesado. Estaba segura de que había paredes y muebles, pues podía ver formas en la oscuridad. Pero ¿por qué no podía tocarlos?

Las escaleras debían de estar al otro lado, a escasos centímetros. Se quedó inmóvil, temerosa de que un paso en falso la hiciera caer al rellano. Peor aún, ¿y si se volvía para buscarlas y ya no estaban allí? Debería sentir una alfombra bajo sus pies, pero el suelo estaba blando y embarrado, chupando sus zapatos y arrastrándolos hacia abajo.

¿Dónde estaba?

No podía moverse. No se atrevía. Y de repente no pudo respirar. Sentía como si alguien le hubiera puesto un paño húmedo en la cara, y cada respiración era una lucha. Abrió la boca para gritar y sintió el sabor salado del mar o de sus propias lágrimas, era imposible saberlo. Apretó los labios contra el agua invisible que parecía presionarla desde todos los lados, tratando de expulsar el último aliento de su cuerpo.

La oscuridad que la rodeaba cambió y la sala se iluminó con un tenue resplandor verde. Fuera lo que fuese lo que le estaba ocurriendo, estaba profundamente equivocada. El teniente tenía

razón. No debería haber salido del dormitorio. Pero cuando se acercó de nuevo a la puerta para volver con él, el pomo pareció alejarse antes de que pudiera agarrarlo.

Si no era el dormitorio, debía dirigirse a las escaleras y a la puerta principal al pie de ellas. Se confiaría a los bandidos y a la tormenta. Cualquier cosa menos esto. Permanecer en la casa era una muerte segura.

Pero una vez decidida, no tuvo fuerzas para descender. Los pulmones le ardían por la falta de oxígeno. El vestido se le adhería al cuerpo, frío y húmedo, tan apretado como un sudario.

Y su mente racional pareció abandonarla como el calor había abandonado su cuerpo. Así acabaría todo para ella. Sola en las oscuras aguas. No había esperanza de rescate. Ella había tomado su elección, y había sido un error. Un gran error dejarlo. Ahora sufriría las consecuencias y nunca podría decirle que se había equivocado. Un último suspiro para dejar entrar el mar y todo habría terminado. Ella le gritaría con su último aliento, pero él nunca lo sabría.

"¡Robert!"

Una mano la agarró y tiró de ella hacia el dormitorio. Sintió el portazo cuando el agua oscura desapareció y el calor y la luz la rodearon, al igual que los brazos de él. Respiró entrecortadamente, estremeciéndose contra él. Él la acercó, dejando que su cuerpo calentara el suyo. Ella no pudo contenerse más y lloró, temblando de frío y terror.

Y mientras lloraba, él le susurró en el pelo que ya la tenía. Que todo iría bien. No tenía nada que temer. Estaba a salvo. La abrazó hasta que dejó de llorar y dejó de temblar. Entonces la abrazó aún más fuerte, canturreándole en el pelo y acariciándole la espalda, tirando de ella para que se sentara a su lado en la cama, envolviéndole los hombros con el edredón.

Sabía que debía controlarse y decirle que la dejara marchar. Todo aquello era muy impropio. Pero se sentía tan bien al estar cerca de alguien cálido y vivo, después del terrible vacío del vestíbulo, que no pudo separarse de él.

Como si pudiera leer sus pensamientos, le dijo: "Perdóneme, señorita Scott. Por todo. Por traerla aquí y por mis modales rudos. Por asustarla. Y por ser tan libre con su persona ahora. Pero sé lo que se siente. He vagado solo por los pasillos de Penlowen, y habría agradecido un contacto humano... aunque sólo fuera para asegurarme de que aún vivía".

Ella asintió levemente y se relajó contra él. Él continuó abrazándola. Cuando dominó la voz, le susurró al oído: "¿Qué pasó?".

Sintió que él negaba con la cabeza. "No estoy segura. ¿Mis antepasados, tal vez? ¿O la propia casa? Sea lo que sea, quiere algo

que no sé cómo darle". Sus brazos la rodearon en señal de disculpa. "Intenté evitar que se fuera. No quería que le afectara tanto. Pero, ¿cómo podía explicárselo? Si se lo hubiera contado todo, me habría tomado por loco".

Ella lo había creído suficientemente loco sin ninguna explicación. "No habría importado. No habría creído la verdad si no la hubiera sentido yo misma".

Apretó los labios contra su pelo y murmuró: "Apenas fueron unos segundos, lo juro. En cuanto pude abrir la puerta la tuve y la puse a salvo".

"Qué extraño. Pareció mucho más tiempo". Ella se estremeció al recordarlo, y por un momento sus brazos la estrecharon aún más.

"Como lo ha sido para mí. He pasado noches perdido en mi propia casa, rezando por la muerte, todo por culpa de una mecha mal cortada o una vela dejada en una corriente de aire. Mientras estemos en esta habitación, estaremos a salvo. No nos molestará si permanecemos en la luz. Parece que la casa y yo tenemos una tregua en lo que respecta a esta cámara y las escaleras que conducen a ella. Puedo quedarme aquí sin problemas". Se rió amargamente. "Si uno puede considerar el estar confinado en una sola habitación como una vida sin conflictos. Pero en todas las demás habitaciones de la casa ninguna llama permanecerá encendida por mucho tiempo. Y cuando llegue la oscuridad..." No pudo evitar un estremecimiento de repulsión. "Pensará que soy un cobarde, pero no me aventuro a salir hasta el amanecer, una vez que he cerrado la puerta".

Ella rió débilmente contra él. "No es un cobarde, teniente Acherton, si no desea enfrentarse al horror que acabo de experimentar. En el bosque, cuando me salvó...". Ella bajó los ojos. "Era el hombre más valiente que jamás había visto. Aún lo es, porque no conozco a nadie que se comporte tan intrépidamente como para quedarse aquí".

"Por favor". La miró y sonrió avergonzado. "Ahora que somos compañeros de armas, ¿es necesario que seamos tan formales? ¿Me llamará Richard?" Frunció el ceño. "Aunque cuando gritó pidiendo ayuda fue a Robert". Sus manos cayeron y se apartó de ella. "¿Hay alguien querido para usted que podría castigarme por mi impertinencia?"

Ella también frunció el ceño. "No conozco a nadie con ese nombre. Y, para mi decepción, no hay nadie a quien le importe de un modo u otro si desea llamarme Arabella".

"Arabella". Su sonrisa era casi tímida, y negó con la cabeza. "Arabella". Volvió a decirlo, como si le gustara cómo sonaba. "Me pareció más que extraño oírle llamar a Robert cuando buscaba rescate. Porque pensé que estaba contigo en el pasillo. Lo juro, ha caminado conmigo las noches en que he tenido la desgracia de aventurarme más

allá de esa puerta. Sir Robert Acherton fue mi bisabuelo y el último habitante verdadero de Penlowen". La miraba fijamente, pareciendo saborear cada detalle, y ella empezó a sentirse aún más incómoda. Por fin, dijo: "Asesinó a su esposa. Y era muy parecida a usted en apariencia. Tal vez fue más imprudente de lo que pensé al principio traerla a esta casa".

# Capítulo Cinco

Arabella, al sentir otro escalofrío tan helado como el aire del vestíbulo, cerró los ojos. Se sintió aliviada de continuar sentada, ya que notaba que su cuerpo se tambaleaba, como si estuviera a punto de desmayarse. Si hubiera estado de pie, habría quedado en ridículo al desmayarse. Odiaba a las mujeres que cedían a tales exhibiciones. Si hubiera estado tratando con otra mujer más impresionable, la habría sacudido y le habría dicho que eso no resolvería el problema.

Pero sucumbir ella misma habría sido gratificante.

Respiró profundamente y se recordó a sí misma que no era de las que huían de los fantasmas gritando. Además, no tenía adónde huir, ya que la puerta estaba bloqueada y no habría salida hasta el amanecer. Así que se calmó, abrió los ojos a Ricardo e hizo todo lo posible por lucir imperturbable.

"Cuéntemelo todo, desde el principio", dijo cuando él vaciló. "Es demasiado tarde para proteger mis delicados sentimientos. Si algo viene a por mí, preferiría no ser tomada por sorpresa. ¿Qué ha estado sucediendo en esta casa y por qué sigue usted aquí?". Se levantó y se paseó por la habitación, tratando de ordenar sus pensamientos. Finalmente, dijo: "¿Le he contado que mi familia ha sufrido una desgracia? Bueno, Sir Robert fue el origen de todo".

"¿Qué le ocurrió?" Pero, al recordar la sensación del agua en la cara, la sensación de hundirse bajo las olas, sospechó que sabía la verdad.

"Nadie está seguro. Creo que fue un suicidio, ya que no está más en paz en la muerte de lo que estaba al final de su vida. Escapó de la casa antes de que llegara el magistrado, y nunca se le volvió a ver. La leyenda familiar dice que Sir Robert Acherton habitó esta casa por última vez en 1729, con Lady Anne a su lado. Tenía la sangre caliente, como su esposa". Richard se frotó las sienes. "Como todos los Acherton. Si tenemos una maldición, quizá sea que incluso los mejores de nosotros somos propensos a actuar con audacia y a amar profundamente. Y a menudo pagamos el precio por ello". Volvió a mirarla, como si lamentara de nuevo que estuviera allí con él. Luego continuó. "Por lo que parece, fueron una pareja muy feliz, y ella le dio dos hijos. En el otoño de aquel último año ocurrió algo. El hijo mayor recordaba que discutían, pero no sabía por qué. Una noche, tras una discusión especialmente fuerte, Ana desapareció y nadie volvió a verla. El niño no podía creer que su madre lo abandonara voluntariamente, ni a él ni a su hermano. Pero su padre no le decía otra cosa sino que ella se había ido y no volvería".

Arabella asintió.

"Después de eso, las cosas fueron de mal en peor. A Robert le

invadió el dolor por la pérdida de su esposa. Descuidaba la propiedad, bebía en exceso y no dormía en absoluto, vagando por los pasillos de la casa por las noches. A instancias de la familia, los niños fueron enviados a la escuela, por su propia seguridad."

"Los pobres perdieron a ambos padres", murmuró Arabella.

"Eso me temo", dijo Ricardo. "Porque al desaparecer el último control de su conducta, el último vínculo con su amada, Sir Robert perdió todo el sentido. Llegó a tal punto que los criados temían estar en su presencia. Gritaba, arrojaba cosas y, cuando hablaba, juraba que la vida sin su Ana no era vida. Daría cualquier cosa por recuperarla. Hacia el final, los criados dijeron que gastaba desenfrenadamente, pero no para sí mismo. Compraba regalos para la esposa que ya no tenía, como si las ofrendas materiales pudieran traerla de vuelta de donde la había enviado. Compraba seda y terciopelo por montones, y joyas. Puso la mesa con los manjares más exquisitos, siempre para dos. Pero la comida se quedaba sin comer, porque él no podía tomar más que pan y vino sin que ella estuviera allí para compartir la comida".

Richard estuvo a punto de escupir de asco. "Entonces, ¿no siente compasión por él? preguntó Arabella. "El hombre estaba angustiado de mente y espíritu".

"Era un asesino que se buscó sus problemas", replicó Richard. "Hipotecó la propiedad en nada para nadie. Cuando su comportamiento llegó a ser demasiado extremo para que el resto de la familia lo soportara, le enviaron al magistrado, con la esperanza de ponerle fin. Pero había desaparecido, con la misma certeza que su esposa". Calló.

"Y ese es el final de su historia. Pero, ¿cuál es la suya? ¿Por qué está aquí?" preguntó Arabella. "Es imposible vivir en la casa si Sir Robert no desea que esté aquí".

"He venido por la misma razón por la que todos los herederos vuelven a Penlowen, al menos una vez". Richard detuvo su paso y la miró fijamente. "Buscamos el tesoro que se esconde aquí. Anne tenía joyas antes de morir, pero no hemos encontrado rastro de ellas en cien años. Y no todas las cosas que compró Sir Robert se habrían deteriorado con el tiempo. ¿Dónde están los platos, la plata, el oro? No pudo haberlo gastado todo. Mi padre intentó reclamar la casa y su contenido, pero no lo consiguió, al igual que mi abuelo y mis tíos, y sus tíos. Todos los varones de la familia Acherton han intentado arrebatar la casa al espíritu que la habita. Murieron en el intento, enloquecieron o se vieron obligados a vivir sabiendo que habían sido derrotados. Los que sobrevivieron no consiguieron asentarse. Vagaban sin quedarse mucho tiempo en ningún sitio. Mi propio padre apenas duró una noche aquí y se negó a volver. Pero tampoco pudo abandonarla, viviendo cerca y dejando que la sombra de la casa

cayera sobre su vida y su alma. Ninguno podía escapar de ella. Si no podían estar aquí, no sabían a dónde pertenecían".

Volvió a tumbarse junto a ella en la cama. "Pensé que podría superarlo. Que si abandonaba el país, podría olvidarlo. Así que compré mi comisión y vi al ejército de Napoleón a lomos de un caballo. He viajado lo suficiente para tres hombres. Quiero una esposa e hijos, y un lugar donde tenerlos". Sacudió la cabeza. "Y ahora, aquí estoy. Igual que los demás. Pero no deseo ser el cabeza de una familia que ha vivido en la cobardía y el fracaso durante tres generaciones. Ha llegado el momento de plantar cara".

"¿Una postura firme?" Hablaba como si la hubiera arrastrado a la primera línea de una batalla.

"Sí. La casa es mía. Y en algún lugar de ella está escondida la mayor parte de la riqueza de mi familia, intacta desde los tiempos de Sir Robert. El bastardo escondió el dinero y luego desapareció, dejando a sus descendientes que se las arreglaran como pudieran". Sus ojos tenían una extraña luz. "Mis predecesores se cuidaron de casarse antes de hacer sus intentos, para que quedara un heredero en caso de fracasar. Y dejaron un rastro de viudas y huérfanos: niños tontos que crecerían para repetir sus errores. Pero yo estoy solo en el mundo, igual que usted. Si tengo que desmontar esta casa, piedra a piedra, conoceré sus secretos. Si fracaso, la maldición acabará conmigo".

La locura era ahora evidente en él. La codicia y la desesperación estaban escritas en su rostro. Llevaba demasiado tiempo encerrado solo en esta casa, armándose contra adversarios invisibles, divagando sobre riquezas que se habían gastado hacía mucho tiempo. Ella le tocó el brazo. "No tiene por qué dejar que le destruya. Si tiene que buscar, hágalo por la mañana. Pero quédese en la aldea por la noche, como hacen sus sirvientes".

Él negó con la cabeza. "Lo he intentado. Todos lo hemos intentado. Y no hemos encontrado nada. Sea cual sea el secreto, no se mostrará a la luz del día".

"Tal vez porque de día se ve que no hay nada que encontrar". Lo dijo en voz baja, sin querer herirle.

Él volvió a negar con la cabeza. "Me niego a creerlo. Una vez lo tuvimos todo. Y luego todo desapareció. Él lo ocultó, estoy seguro, porque ¿qué otra cosa podría haber pasado? El hombre era un recluso, no un hombre de altos vuelos de Londres. Y por su locura, tres generaciones de mi familia han vivido en la pobreza. Le pregunto, señorita Scott, ¿es sensato elegir una vida de sacrificio cuando sabe que has nacido para ser más? ¿No es mejor arriesgarlo todo si la recompensa es suficientemente grande?".

Ella imaginó su propia vida, y las razones de su viaje. "A veces es importante reconocer las propias limitaciones, Richard, y aceptarlas".

"No lo comprende", respondió él con amargura. "Pensé que usted, de entre todos, lo sabría".

Y sintió que su obsesión avivaba las llamas de su propia insatisfacción. Si tuviera la opción de ser otra, ¿la aceptaría? No había habido elección. Ninguna. Estaba segura.

Pero, ¿y si...?

Clavó la mirada en el fuego, como si le avergonzara haber revelado tanto. Cuando volvió a hablar, su voz era más suave, más razonable. No había rastro de locura en ella. "Quizá tenga razón, Arabella. Tal vez no haya nada que encontrar y sólo sea un tonto. Pero sé que esta casa es mi derecho de nacimiento. Prefiero vivir aquí en la miseria que en un cómodo exilio. Quiero un hogar".

Ella podía entenderlo, pues a menudo había imaginado una situación tan feliz. Pensó en él, abrazándola, y se preguntó si habría alguien a quien desearía tener a su lado esta noche. "¿Y cree que Sir Robert le dará ésta?"

Richard sonrió sombríamente. "Creo que ya es hora de que lo haga. Tal vez, si puedo descubrir qué es lo que quiere y dárselo, me deje en paz".

Arabella respondió. "Quiere a su esposa. ¿Puede dársela? Porque no creo, después de todo este tiempo, que el mar vaya a renunciar a ella".

Richard miró hacia ella, sobresaltado. "¿Por qué dice eso?"

"¿Qué más podría querer? ¿Es tan difícil creer que la pasión que ha descrito sobreviviría a la muerte?".

"No", susurró. "¿Por qué cree que la tiene el mar?".

"Porque se ahogó", respondió Arabella.

"¿Pero por qué dice eso?", dijo él, y la cogió por los hombros, escrutando su rostro en busca de una respuesta.

Pensó en sus momentos en el pasillo, cuando el mar le había tocado la cara y la corriente la había arrastrado hacia abajo. "Usted también lo habrá sentido". Inclinó la cabeza hacia el pasillo. "¿No entendía lo que le estaba pasando?".

Ahora estaba demasiado cerca de ella, y su agarre era tan firme que no podía escapar. "¿Sentir qué? ¿Qué le pasó exactamente cuándo estaba sola en el pasillo?".

No quiso seguir pensando en ello, pero murmuró: "Más o menos lo que ha descrito. Estaba muy oscuro y tenía mucho miedo. Fría y sin esperanza. Vi la puerta, a centímetros de distancia. Pero no podía alcanzarla". Ella apartó los ojos, esperando que él comprendiera el horror y no la obligara a recordar.

"¿Vio la puerta?" Él la miraba asombrado. "Entonces no fue en absoluto lo mismo para usted que para mí. No sólo tropiezo en la oscuridad, querida. Estoy ciego. Más allá de la esperanza. La desesperación me invade con la oscuridad y sé que estoy

completamente solo. Pero no recuerdo el frío".

"¿Cómo no pudo?" Ella le miró incrédula. "Eso fue lo peor. Tener frío y estar mojada, y no poder respirar. Estaba segura de que en cualquier momento moriría, y no podía arriesgarme a respirar otra vez porque sabía que el mar se introduciría en mis pulmones. Y entonces todo habría terminado".

"¿Temías morir?" Casi se rió. "Es el miedo de que debo vivir para siempre, tal como soy, lo que me desanima. Y que no importa, vivo o muerto, lo que sea de mí. El peligro no reside en mi próximo aliento, sino en la certeza de que la muerte es una liberación bienvenida. Así es como mi familia encuentra su fin si se quedan demasiado tiempo en Penlowen. Suicidio. Caídas que no son accidentes. Ahorcamiento. Es por eso que no me atrevo a arriesgarme a poner una bala en mi pistola. Cuando la oscuridad se apodere de mí, sé que la usaré conmigo mismo".

"Cuando *estaba* en el pasillo, tenía muchas ganas de vivir", argumentó. "Y sabía que no lo haría".

"Pero eso es diferente". La mirada de él volvió a ser salvaje, y el agarre de sus hombros se hizo tan fuerte que ella luchó contra él hasta que la soltó.

"No era diferente. Estaba perdida. Perseguida. Segura de que iba a morir. Nunca había estado tan asustada en toda mi vida. Y no me sirvió de nada decirme a mí misma que estaba en el vestíbulo de una gran casa y que no corría peligro. Lo *sabía*. No importaba que no fuera real, que pudiera ver con mis propios ojos que era falso". Ella se rodeó con los brazos, intentando que el calor volviera a su cuerpo.

Volvió a acortar la distancia que los separaba y tomó suavemente las manos de ella entre las suyas, procurando no asustarla. "¿Pero podía ver la puerta?"

"Tenuemente", insistió ella. "Hasta que el agua pareció cerrarse. No podía moverme para abrirla. Pensé que me desmayaría. No podía respirar. Fue horrible".

"Por supuesto. Pero podía ver dónde estaba". La luz de sus ojos parecía crecer con el parpadeo de las velas. "Cuando estoy en el pasillo, estoy totalmente ciego. No es sólo oscuridad, Arabella. Es como si no tuviera ojos. Tengo miedo de tocarme la cara, no sea que descubra que han desaparecido. Me aterroriza extender la mano por miedo a tocar algo malo, algo maligno... o, peor aún, nada. Nada más que el vacío para siempre. Estoy perdido. Estoy solo, Bella. Muy solo".

La sonrisa de su rostro se volvió sutil. "Pero si vamos juntos ninguno de los dos estará solo. Usted puede ayudarme. Usted me guiará".

"No haré tal cosa. Sólo una cosa es cierta, Ricardo", argumentó ella. "Lo que hay tras esta puerta no es natural. No quiero tomar parte en ello". Se cuidó de no mirarle a los ojos.

Le apretó las manos para animarla. Pero cuando ella intentó apartarse, él no se las soltó. Y cuando inclinó la cabeza cerca de la de ella, su voz era grave e insistente. "No importa lo que desee en esto. Esta noche le he salvado la vida, Arabella. Ahora, lo desee o no, tiene una deuda conmigo. Sé lo que pensaba cuando la traje aquí. Lo que esperaba que tomara a cambio. Vi el miedo en sus ojos. Bueno, no importa lo que pueda pensar de mí, no tenía planes sobre su inocencia. Pero, por Dios, si tiene la respuesta a esto, entonces me dará lo que pido. Antes de que salga el sol me guiará hasta el tesoro".

Ella sacudió la cabeza, sintiendo que el miedo se cernía sobre ella como las aguas imaginarias de la sala. "¿Adónde esperas que le lleve? ¿Acaso lo sabe? No aprendí nada cuando fui más allá de esa puerta".

La soltó y estiró la mano para apagar las velas de la cabecera hasta que una esquina de la habitación se oscureció. "Lo sabremos cuando llegue el momento".

Ella sintió que el pánico subía como una marea a medida que la habitación se oscurecía. "No puede estar seguro. Es una locura pensar así".

"Antes pensaba que mi comportamiento era una locura. ¿Cómo puede ser esto diferente? No hay nada que temer en la oscuridad, después de todo". Le devolvió sus propias palabras y apagó otra vela.

Se acercó más a la luz del fuego y dijo apresuradamente: "Me equivoqué. Lo admito sin reservas. Tenía buenas razones para estar asustada y me lo ha demostrado. No toque las velas".

Limpió una hilera de ellas del escritorio con el dorso del brazo y rodaron hasta el suelo, las llamas se agitaron y desaparecieron. "Las velas, y su destino, me pertenecen, y haré lo que quiera con ellas".

Y ella pudo sentirlo como una presencia que se agolpaba en la habitación, como un animal arrastrándose por los zócalos en la penumbra que allí se acumulaba.

Él también lo sintió, y miró fijamente los rincones vacíos en señal de desafío. "Y la casa también es mía. Nadie me la quitará".

"Al menos deje la habitación iluminada", suplicó ella. "Le llevaré al vestíbulo. Haré lo que pueda por usted. Luego podemos volver a ella si es necesario".

"No mire atrás, Arabella". Él la miró fijamente y sonrió. "Después de todo, no tiene nada a lo que volver. Y yo tampoco. A partir de ahora seguiremos adelante". Abrió los brazos, como para dar la bienvenida a la oscuridad. "Sir Robert Acherton: nos reuniremos esta noche, por última vez, y pondremos fin a esto".

"¿Con nuestras muertes?", argumentó ella.

"Creo que no." Hizo una pausa, y la razón volvió cuando la miró. "Lo que sea que haya en esta casa quiere algo. Lo ha querido durante mucho tiempo. Y ha castigado a mi familia de la misma forma durante

generaciones. Acabando con nosotros, uno a uno". Pellizcó otra mecha entre sus dedos y la llama se apagó.

"Pero esta noche, por primera vez en muchos años, algo es diferente. Usted". Señaló. "No de la familia. Y una mujer. La primera que cruza el umbral después del anochecer desde que tenemos memoria".

"¿Y pretende sacrificarme a cualquier espíritu oscuro que gobierne aquí?" Ella se levantó y se dirigió de nuevo hacia la puerta, sólo para darse cuenta de que no había escapatoria.

Él la agarró de la muñeca. "Sacrificio no", murmuró. "Mientras yo viva, no la tendrá". La acercó más de lo necesario y sonrió.

"Y tampoco usted". Ella le soltó el brazo.

"No crea que voy a renunciar a usted tan fácilmente".

Sintió una punzada en la nuca y un cosquilleo en la piel por el calor de su cuerpo y la extrañeza de sus palabras. Entonces él alargó la mano y volvió a agarrarla, rodeándola con el otro brazo y abrazándola, como había hecho en el caballo, hasta que ella dejó de forcejear.

Su mente le decía que estaba en grave peligro. Que debía luchar, gritar o huir. Pero su cuerpo insistía en que con él estaba más segura que nunca. Sintió el calor en la sangre y el deseo de entregarse al oscuro pecado que aquel hombre le ofrecía.

Sus dedos recorrieron el brazo desnudo desde la muñeca de ella, acariciaron su hombro, acariciaron su cuello, se enredaron en el pelo que caía allí, apartándolo de su cara. Y cuando habló, su voz era grave y seductora. "Mañana, si todavía lo desea, puede continuar hacia el oeste, a su pequeño y amargo trabajo, trayendo y llevando para alguna vieja rencorosa. Puede vivir para siempre a la sombra de una bruja con cara de pellizco, sin vida propia. Vaya y alégrese de ello. Porque será pacífico y tranquilo y totalmente seguro. Nadie le hará daño allí, Arabella. A nadie le importará tanto como para molestarle".

Las palabras picaron. Hizo que la seguridad y el sentido común sonaran como una muerte en vida. Ella no quería oír nada más.

Pero cuando ella volvió la cara, él le cogió la nuca con la mano y le acercó los labios a la oreja, susurrando: "Mañana puede irse, si mi compañía le resulta tan insoportable. Pero esta noche se quedará conmigo y hará lo que yo necesite. Aunque le lleve al borde de la locura y esté más asustada que nunca, esta noche se quedará conmigo".

Se apartó. "¿Y qué le he hecho yo para que me desee semejante destino? ¿Me odia para desear algo así? ¿Por qué me trajo aquí, sabiendo que esto podría pasar?"

Él la atrajo hacia sí y se aferró a ella. "No le odio. Todo lo contrario. Pero preferiría verle destruida en un resplandor de gloria que vivir su vida como la planea, malgastada en seguridad y protección. Es media

vida, nada más. Morirá sin gastarla. Ayúdeme esta noche y le juro que tendrá la misma parte de lo que encontremos. Y que la señorita Witherstone sea condenada. Mañana podrá hacer lo que quiera".

Arabella quiso discutir con él que no tenía motivos para cuestionar el rumbo que ella había elegido para su vida, y desde luego ningún motivo para condenar a una inofensiva anciana a la que nunca había conocido. Ella no necesitaba más de lo que tenía, ni había deseado arriesgarlo todo por una libertad que nunca había buscado, hasta que él había empezado a verter tonterías en sus oídos esta noche.

Pero pensamientos traidores surgieron en su mente, diciéndole que todo era verdad. Odiaba su vida, odiaba al destino por forzarla. Lo que él sugería no era más loco que lo que ella sentía cuando él la abrazaba. Sacudió la cabeza e intentó apartarse de él de nuevo, aunque ansiaba sentir el calor de sus labios contra su oreja.

"Piénselo, Arabella.

El movimiento de sus labios al hablar fue como un beso contra su sien, y ella pudo sentir cómo la oscuridad se acumulaba en la habitación, colándose en su voz para seducirla.

"Sobrevivirá. Lo sé en mis huesos. Porque es fuerte. Y mañana tendrá sus sueños más salvajes". Luego apagó las velas a su lado y la habitación se oscureció aún más.

Dinero. Tesoro. Podría tener sirvientes en lugar de ser una. Tendría la libertad de elegir. Él se balanceaba con ella, meciendo su cuerpo al compás de sus pensamientos. Si mantenía los ojos cerrados, no vería las sombras, enroscadas en el suelo como serpientes, listas para atacar. Pero cuando los abría, lo miraba a los ojos, que eran igual de oscuros y aterradores. Mirarlos era como estar de pie en un acantilado y esperar a caer. Los terrores de la casa retrocedieron hasta que su mente sólo vio a Richard Acherton.

Su sonrisa era brillante y cálida, como lo habían sido las velas. Y él parecía ver cosas en ella que ella misma no podía encontrar. Sus palabras parecían tan reales, y el futuro que pintaba era tan brillante como la oscuridad.

"No se obtiene una gran recompensa sin dificultades", susurró. "El tesoro no se consigue sin riesgo. Sé valiente, Arabella, y podrás llevártelo todo. No lo harás sola. Estaremos juntos".

Agarró su mano y volvió a apretarla, y él se sintió sólido y real en la irrealidad que los rodeaba. Ella debía recordarlo. No estaría sola. Y era la soledad lo que la casa había utilizado contra ellos.

Ella le devolvió el apretón. "¿No me soltará?"

"Estaría tan perdido sin usted como usted sin mí. Juntos estamos a salvo. Creo".

No le gustó el tono de duda al final de su afirmación. Pero supongamos que tenía razón. ¿De qué había tenido miedo realmente?

Una ilusión. No era posible ahogarse en un corredor, a salvo y seco y lejos del océano. Ni siquiera la tormenta podría traspasar los muros de Penlowen. Su mente le había jugado una mala pasada, igual que la de él mientras vagaba por la casa. Si no sucumbían al disparate, no había razón para dudar del éxito.

Levantó una vela apagada y se la puso en la mano. "Lo haré a oscuras. Pero puede guardar esto en su mano libre, y yo tendré el pedernal a mano en la mía. Si nuestro plan parece condenado, encenderemos la vela y estaremos a salvo".

Ella asintió. "De acuerdo, entonces."

"¿Me ayudará?"

"Si lo hacemos pronto. No sé cuánto tiempo más aguantarán mis nervios".

Él sonrió. "Lo suficiente, apuesto. Lo haremos ahora, en cuanto pueda apagar lo que queda de luz".

"¿Pero qué es, exactamente, lo que pretende hacer?" Porque dudaba que tuviera más suerte que él, incluso con la vista, si pretendía que le guiara como a un simio por los pasillos de una casa extraña.

Su ceño se frunció. "Me temo que debemos confiar en la casa para que nos muestre qué hacer".

"¿Porque ha sido digna de confianza y útil antes?"

Su rostro esbozó una sonrisa irónica. "Cierto. Pensé que podía confiar en ella sólo para tratar de matarme si me aventuraba en busca de secretos. Pero en realidad, es nuestra propia locura la que nos destruye. No son los espíritus de la casa, sino la forma en que reaccionamos ante ellos. Esta noche será diferente. Cuando hayamos oscurecido la habitación, veremos si es soportable. Si puede, lléveme a la puerta y ábrala. Sácame al pasillo. No vaya más lejos de lo que crea que puede, sin perderse o desorientarse. Si su espíritu flaquea, dígamelo. Encenderemos la vela y volveremos al dormitorio".

"Muy bien." Ella asintió.

Él se movía ahora rápidamente por la habitación, apagando las llamas de las velas, y ella sintió que su aprensión crecía junto con la oscuridad.

Y entonces él volvió a estar a su lado, tan cerca que ella lo habría considerado bastante impropio un poco antes. "Aún tengo que ocuparme del fuego", murmuró, mirando hacia las llamas. Sonrió de nuevo y volvió a mirarla. "¿Lista, entonces?"

Ella asintió, observándole.

"Allá vamos". Cogió la palangana que había en el soporte junto a la pared y arrojó el contenido a las llamas.

# Capítulo Seis

El fuego desapareció en una nube de humo. Se oscureció, sin rastro de brasa, como si algo se hubiera tragado su luz. Tosió el aire viciado de sus pulmones y cerró los ojos contra el escozor.

Sintió que la mano de él salía disparada de la nada, para agarrarle la muñeca con un apretón tan fuerte como el hierro y acercar su cuerpo a él. "Arabella, ¿está ahí? No puedo verle". Sus palabras eran sencillas, como si ya hubiera empezado a dudar de lo acertado de su plan.

Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla presa del pánico. Ahora que el fuego había desaparecido, la habitación estaba helada. El humo parecía y se sentía como niebla. La casa volvía a apoderarse de ella, a jugarle una mala pasada. No debía permitirlo.

Su mano se había deslizado hasta enredarse con la de ella, y pudo sentir cómo le daba un apretón alentador. "¿Arabella?" Su voz volvía a ser casi normal, pero ella percibía el borde del pánico disimulado bajo ella. "Hábleme. Sé que debe estar ahí. Puedo sentirle".

Ella no podía. No se atrevía a abrir la boca, porque sabía que hacerlo sería una muerte segura. El agua se apresuraría a llenar sus pulmones. Sintió que la oscuridad volvía a apoderarse de ella, el terror y la soledad. Era como si se hundiera más y más a medida que el agua la presionaba y el aire era expulsado de sus pulmones.

Desde algún lugar lejano podía sentir el apretón de la mano de Richard y se concentró en ella, sabiendo que estaba allí y que no la soltaría. Luchó contra los sentimientos que la rodeaban para apretarla, y sintió un débil apretón como respuesta. Él seguía a su lado. Seguían en el dormitorio, juntos. Si podían aferrarse el uno al otro, esto pasaría y estarían bien.

Había una sensación en la oscuridad que era casi como una pausa. Como si algo la hubiera sobresaltado, o se hubiera oído una voz a través del agua oscura y salada. No se movía, pero sentía lucha y pánico. Una desesperación por encontrar la fuente del cambio e ir hacia ella.

Se concentró en su propio cuerpo, haciendo que se moviera. Si lo intentaba, podía sentir el agarre en su mano, y se acercó más a Richard, luchando contra la marea que intentaba arrastrarla hacia algún mar imaginario.

Mentiras. Su cerebro le mentía. Se obligó a abrir los ojos y sintió que se adaptaban a la oscuridad, cegada por los relámpagos ocasionales y la aparición irregular de la luz de la luna entre las nubes aceleradas. Podía verlo todo, aunque la habitación parecía tambalearse ante ella, como si la viera a través de corrientes.

Y el hombre que estaba a su lado miraba fijamente en la penumbra, con los ojos muy abiertos y sin visión, mientras las lágrimas corrían por su rostro. La oscuridad se arremolinaba a su alrededor, como las olas, golpeándole la cara y arrancándole la ropa, intentando introducirse entre sus dedos entrelazados. La desesperación era tan real que pudo ver cómo intentaba llevárselo. Su mano libre se extendía ante él, buscando a tientas cualquier cosa que pudiera darle consuelo, y su cuerpo temblaba como un animal enfermo.

Ella volvió a apretarle los dedos y él le agarró el brazo con la otra mano, dándole palmaditas, como si quisiera asegurarse de que ella era real. Y ella pudo sentir que la oscuridad retrocedía por un momento, aunque no le resultaba más fácil respirar.

Era un consuelo verlo allí y saber que cuando muriera no lo haría sola. Estaba segura de que moriría si no respiraba. Podía sentir el agua en su cara, aunque no podía verla. Sentía cómo tiraba de ella hacia abajo, alejándola de él. Le llenaba la nariz y no podía usar una mano para luchar contra ella. Se estaba mareando y sus pulmones ardían por respirar para poner fin a la tortura. Pero cuando lo hiciera, perdería el sentido, se zafaría de su agarre y ambos estarían perdidos, a escasos centímetros el uno del otro y, sin embargo, terriblemente solos.

No podía esperarse que ella hiciera lo que él le había pedido. La situación era desesperada si no lograban moverse ni siquiera unos metros. Necesitaba aire. Por fin no pudo aguantar más, jadeó y no aspiró nada: oscuridad, vacío. Era el fin. Se entregó a él.

De repente, la mano de él se alzó y la agarró, rodeándole el cuello para sujetarla por la nuca, y la arrastró hacia delante para que se encontrara con la suya. Y cuando él selló sus labios con los de ella, sintió que el aire volvía a sus pulmones y su mente se despejó. Él la sostuvo allí, alimentándola con su propio aliento, y la sal de sus labios no era del mar, sino de sus lágrimas. Sintió que la vida volvía a ella, y la razón. Estaban acosados por todas partes. Pero él la mantendría a salvo, tal como había prometido. Hasta el último aliento, había dicho. Y eso bien podría ser lo que ella tomara de él.

Arabella le llevó una mano a la cara y se separó de él, tocándole ligeramente los labios con las yemas de los dedos, un gesto de agradecimiento que le arrancó una triste sonrisa.

Permaneció en el círculo de sus brazos y se apartó de él, para evaluar la situación con la cabeza despejada. El dormitorio estaba oscuro, pero no tanto como la brea. Podía ver el contorno de las ventanas y las formas de los muebles, que se iban reformando a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad. La chimenea estaba delante de ellos, igual que cuando él arrojó la jofaina al fuego. Estaba lo suficientemente cerca como para que ella la tocara. Por impulso, lo hizo, y oyó gemir a su compañero cuando se apartó de él.

Se echó hacia atrás para cogerle la mano y llevarle hacia delante. Él se aferró a ella convulsivamente, luego se calmó y dio un paso tras ella sin vacilar, dejándose guiar.

Muy bien. Él confiaba en ella. Ella también confiaría en él. Ella se volvió y acercó sus labios a los de él de nuevo, robándole otro suspiro. Luego lo acercó a la pared con la chimenea. Reconocería su tacto, la extraña piedra y el calor que desprendía. Conocer el punto de referencia le reconfortaría.

Le puso la mano encima, junto con la suya, y se quedó helada. Estaba helada, al igual que el aire que la rodeaba, sin rastro del calor residual del fuego. Ella también pudo sentir la realización en su mano. El pánico se apaciguó cuando la reconoció, y una sacudida de conciencia de que no todo era como debía ser.

Y entonces sintió la corriente de aire.

Sentir el viento silbando por la chimenea no sería ninguna sorpresa. Estaba abierta al exterior, y la tormenta haría que el fuego dibujara extrañas formas.

Pero el aire venía de al lado, donde no debería haber nada más que un muro de piedra en blanco. Giró la cabeza para mirar. En las sombras, las grietas de la piedra que habían sido invisibles a la luz del fuego resaltaban con nitidez.

"Arabella, ¿qué está pasando?" Era extraño oír la debilidad en su voz, y ella pensó que debía dolerle no poder ser fuerte para ella. Así que se volvió y le besó de nuevo, dejando que él respirara por ella y se reconfortara en el intercambio.

Luego le hizo retroceder unos metros para que pudiera ver más de la pared.

El otro lado era diferente. Más uniforme. La habitación estaba desequilibrada y las sombras se inclinaban extrañamente a la luz de la luna llena. Estaba segura de ello. Si no había nada que ocultar, ¿no habrían buscado los constructores la simetría al hacer la habitación?

Demasiado extraño, si la solución al problema estaba delante de sus propias narices. Pero tenía sentido, ¿no?, mantener los tesoros cerca.

Y entonces los relámpagos volvieron a brillar, con un resplandor sostenido que hizo que todo en la habitación quedara en evidencia. Y las inquietantes tallas de la chimenea se combinaron con las sombras de la ventana, haciendo...

Hizo una pausa. No podía ser. Esperó el siguiente destello. Ahí estaba de nuevo. Una mano. Señalando el suelo.

Tiró de Richard hacia la chimenea, siguiendo el dedo que señalaba la pared.

Tomó su mano entre las suyas y la guio hasta que descansó sobre la piedra junto a la chimenea. Luego acercó sus labios a los de él y murmuró: "El agujero del cura".

Le vio sonreír en señal de comprensión. Levantó la mano y la pasó a lo largo de la costura, y ella pudo sentir la brisa, no un presagio funesto, sino el viento del escondite tras el fuego. Ella también buscó, hasta que encontró una piedra suelta, y puso las manos de él sobre ella, ayudándole a empujar.

La piedra giró hacia dentro con un ruido sordo, hasta que pudo alcanzarla por detrás y palpar un asa.

Tiró y volvió a tirar, hasta que una parte de la pared se desprendió. Incluso sin respirar, sabía que el aire olería a muerte.

Estaba oscuro. No podía imaginarse lo que les esperaba, pero sabía que debía de ser terrible y que no se atrevería a avanzar a ciegas más de lo que él lo había hecho. El miedo empezó a invadirla de nuevo, con más fuerza que antes.

Y entonces recordó la vela. La había asegurado en la cinta en su cintura mientras buscaban en la pared.

La liberó y se la tendió.

Él extendió la mano, tanteándola. Tardó un instante en reconocerla y comprender lo que ella quería que hiciera. Buscó a tientas el pedernal en el bolsillo.

Y entonces sintió que el viento aumentaba y que la oscuridad venía hacia ellos, saliendo del agujero que tenían delante como un espíritu que se levanta de una tumba abierta.

Él también la sintió, fría como el hielo sobre su piel. El impacto hizo que le temblaran las manos, y el pedernal se le escapó de las manos y cayó al suelo, perdiéndose en la oscuridad que se arremolinaba a sus pies.

Fuera lo que fuese, se acercaba, enfadado porque se habían atrevido a perturbar su descanso. No podía moverse para alejarlos, pues el hombre que era su única esperanza también estaba congelado en el sitio. Sin una luz que lo detuviera, se los llevaría. Los arrastraría a cualquier infierno que habitara, y ellos serían incapaces de detenerlo. Sintió que un último grito se elevaba por encima del nudo de miedo que tenía en la garganta.

Y entonces sacó la pistola del cinturón que llevaba en la cintura, apuntó con ella a la vela que tenía en la mano y apretó el gatillo.

La conmoción fue ensordecedora en aquel espacio cerrado, más fuerte que el estruendo del trueno que la acompañó. Pero la pólvora relampagueó, fuego brillante en la oscuridad, y la mecha que tenía delante cobró vida.

Sintió que la oscuridad se alejaba de ellos, como quemada por la luz. Y jadeó, aspirando aire mientras la vela en su mano se asentaba en un resplandor protector que ahuyentaba la ilusión.

Richard la rodeó con una mano y ella sintió que se enderezaba mientras se sacudía los efectos del miasma. Pero no se movió de su

lado.

La escena que tenían ante ellos era casi más horrible de lo que había sido la oscuridad. La habitación detrás del fuego apenas era lo bastante grande para uno, quizá dos: el suplicante y el sacerdote. Una pesada silla ocupaba gran parte del espacio, y ella pudo ver el terciopelo mohoso del cojín a través de las costillas abiertas de su ocupante.

Era un esqueleto. Desprovisto de carne, pero con restos de lo que debió de ser un rico abrigo. Un pesado anillo engastado con piedras decoraba su dedo.

"Señora, ¿puedo presentarle a mi antepasado, Sir Robert Acherton? El que nos ha estado causando muchos problemas". La voz de Richard era inestable, pero ella podía oír la fuerza que volvía a ella como la luz de la vela que ardía más brillante.

Miró hacia la puerta, detrás de ellos. "¿Crees que sabía, cuando cerró la puerta, que aquí encontraría su fin?".

Richard miró a su antepasado con gesto adusto y luego giró la vela para iluminar la puerta que tenían detrás. "Ahí está el picaporte, liso por dentro. Si estaba vivo cuando entró, podría haber abierto la puerta en cualquier momento". Se estremeció. "Pero cuando viene hacia mí, cuando está oscuro, siento lo que él sintió. La soledad es insoportable. Dudo que le importara que el rescate nunca llegara".

"No me extraña que estuviera inquieto".

La voz de Richard era casi compasiva. "No podía soportar el dolor y la culpa. Así que se encerró aquí sin comida ni agua y esperó la muerte. Sé que le buscaron por toda la casa cuando desapareció. Qué difícil debió ser ignorar a la gente que le llamaba y sentarse en silencio, esperando el final".

Luego se acercó a la mano del cadáver y le arrancó el anillo del dedo, poniéndoselo en la suya.

"Dios mío, no, Richard. No debes hacerlo". Ella tiró de su manga.

"¿Por qué no?" Había un matiz de rebeldía en su voz. "Es mío por derecho". Se dirigió al cadáver que tenía delante. "Sir Robert, estoy ante usted, el único heredero vivo de esta casa. Si quiere que su linaje continúe, déjeme en paz. A cambio, tendrá el entierro cristiano decente que debe anhelar".

Arabella esperó, escuchando, medio esperando que hubiera alguna respuesta, pero no la hubo. "¿Cómo sabremos si acepta?"

"Sospecho que no tendrá elección. Jugué su juego y gané". Sonrió. "O mejor dicho, usted ha ganado. ¿Cómo ha encontrado la respuesta tan rápido?"

"A la luz de la luna es bastante claro que hay un secreto en la chimenea".

"Pero era imposible dejar esta habitación sin luz el tiempo suficiente

para que yo lo supiera". Sonrió al cadáver en la silla. "Bien jugado, señor. Estoy orgulloso de tenerle en mi familia. Pero fue una insensatez por su parte acabar con la mujer que amaba. Usted merecía sufrir por ello".

*Dígaselo*.

Las palabras resonaron claramente en la cabeza de Arabella: la voz de una mujer, tan cercana que podría haber estado hablándole al oído.

¿Decirle qué? ¿Decirle a quién?

Y entonces recordó los sentimientos en el pasillo. "Él no la mató".

"¿Eh?" Richard la miró distraídamente.

"Fue un accidente. Ella le abandonó. Debió de resbalar y caerse. Cuando estaba en el pasillo..." Se encogió de hombros confundida. "Ella lo sentía mucho. Quería volver a casa, pero era demasiado tarde". Miró a Richard confundida. "Nunca fue culpa suya que ella muriera. Él siempre fue inocente".

"Bueno, fue muy injusto por su parte desquitarse conmigo, que nunca le hice daño". Su compañero había cambiado ahora que los secretos de la habitación habían sido descubiertos. Era más alto y mostraba más confianza en sí mismo que la que ella había visto cuando montaba a caballo y estaba lejos de la casa. Le sonrió. "Pero le obligó a robarme besos cuando estábamos a oscuras, así que no puedo enfadarme demasiado con él. Demonio astuto".

"Eso no es en absoluto lo que intentaba", murmuró ella, avergonzada. "No podía tomarme un respiro".

"No me burlaré de su inmodestia, porque era una solución de lo más sensata para el problema que teníamos entre manos". Sonrió más suavemente. "Pero estoy seguro de que no lo disfrutamos tanto como deberíamos haberlo hecho si las circunstancias hubieran sido mejores."

"Oh." Tuvo que contenerse, porque tenía en la punta de la lengua la propuesta de volver a intentarlo ahora que tenían más tiempo. ¿Cuán audaz le parecería a él?

Si notó el cambio en ella, no lo comentó. En su lugar, levantó la vela para iluminar la habitación. "Pero le prometí una recompensa, ¿no? Será una maldita vergüenza -perdone mi lenguaje- si todo lo que ganamos después de esa prueba es el buen nombre del pálido Sir Robert".

Había una tosca mesa junto a la silla, pero su superficie estaba vacía. Debajo había un cofre de tamaño considerable, empotrado en la pared. Richard sonrió. "Para guardar los instrumentos de misa, cuando la habitación sirviera a su propósito adecuado. Pero no se sabe lo que podría contener ahora". Volvió a sonreírle. "¿Está deseando verlo?"

Ella no pudo evitar asentir.

"Entonces, echemos un vistazo. Le ofreció la vela y apartó la mesa para que pudieran abrir el cofre.

Era difícil ver el contenido con el resplandor de una sola vela, pero incluso aquella tenue luz captaba el brillo de las joyas que había dentro y el opaco resplandor del oro labrado.

"El joyero de Lady Anne", dijo con asombro. Cerró los ojos y sus hombros se hundieron por un momento, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro y, cuando los abrió, sus ojos brillaron, como si reflejaran la luz del tesoro. "Sabía que existía. Nunca lo dudé".

Siempre había tenido razón. Obsesionado, tal vez. ¿Pero quién no lo estaría, con la riqueza tan cerca y sin embargo inalcanzable? Ella sacudió la cabeza, asombrada. "Es tan grande".

"No podía negarle nada cuando estaba viva. La leyenda familiar dice que era una belleza orgullosa y vanidosa".

Sintió una punzada de fastidio porque todo lo que se sabía de la mujer era tan poco halagador. "Tal vez la juzgas mal".

Él ignoró sus palabras y metió la mano en el cofre. Cuando la sacó, sostenía el extremo de un collar de perlas, cada una de ellas grande y perfectamente combinada con su compañera. Tiró y tiró, hasta que el collar se extendió ante ella, casi tan alto como ella misma. Brillaban como la luz de la luna en la llama de la vela.

"¿Le gusta?", preguntó, fingiendo desinterés. "¿Suficiente pago por una noche de trabajo? ¿O quiere más?"

Ella observó fascinada cómo él hacía rodar los orbes entre sus dedos, dándose cuenta por primera vez de lo gráciles que eran sus manos, aunque no tenían nada de finas o delicadas.

"¿Cuánto cree que valen, Arabella? ¿Cuántos meses de su tiempo? Podría venderlos uno a uno y aún le quedaría una cuerda para colgarla de su bonito cuello".

Ella se quedó inmóvil, hipnotizada por la idea. Él se acercó a ella y le tocó la cara con la hebra, recorriendo su piel. Luego le rodeó la garganta varias veces, dejando que uno de los hilos se deslizara por el cuello alto del vestido para que las frías cuentas descansaran sobre su piel desnuda.

Su tacto era erótico y se permitió disfrutar de él, pensando distraídamente que debería rechazarlo. Era un regalo demasiado generoso. Una mujer honorable nunca aceptaría algo así de un hombre que era poco más que un extraño para ella. Todo el mundo se preguntaría qué había hecho la mansa Arabella Scott para ganarse semejante premio.

Y aunque podía venderlos, como él había sugerido, se sentían tan bien contra su piel. Tan bien. Sería aún mejor si su vestido fuera de seda, y no ese horrible trapo. De corte bajo, para que él pudiera admirar la carne bajo las perlas. Cerró los ojos y se lamió los labios, y

oyó la respiración entrecortada del hombre que estaba a su lado.

Sí. Eso estaba mucho mejor. Se estaba fijando en ella.

Y se le ocurrió, en medio de una bruma de placer, que esos no eran sus pensamientos. No necesitaba perlas, ni vestidos escotados, ni coquetear. Nunca en su vida había pensado en algo tan escandaloso.

Subrepticiamente se dio cuenta de que las perlas llevaban consigo un poco de su dueña, y que había sido un error pensar que podía llevarlas sin sentir sus efectos. Levantó una mano para quitarse el collar, pero sus dedos se detuvieron.

Le vinieron pensamientos a la cabeza, suaves y tranquilos. La sensación de las perlas sobre la piel desnuda era mejor que el agua helada, ¿no? ¿Qué derecho tenía a quejarse? No había nada que temer, pues ya no habría terror en Penlowen, sólo alegría. Si le gustaba el tacto de las perlas, debía saber que había sensaciones aún mejores. Podía quedárselas, y también el collar. Todo lo que quisiera. Eran un regalo de Lady Ana. Todo lo que tenía que hacer era dejarse llevar.

*Sólo por esa noche….*

# Capítulo Siete

**S**u mano se apartó de las perlas en señal de rendición. Luego dejó la vela que sostenía en el borde de la mesa y se volvió hacia Richard, pasando la mano por su cuerpo y subiendo por la piel desnuda de su brazo. Suspiró ante el calor creciente en su interior, que era mucho mejor que el frío. Luego abrió los ojos y miró a Richard, vio cómo él la observaba. Tenía hambre.

Acarició las cuentas con los dedos y se las llevó a los labios. Se quitó una hebra de la garganta y se acercó a él, pasándosela por la cabeza.

"Cariño... has vuelto a mí".

¿Richard había dicho las palabras o ella las había oído en su mente? No importaba. Se acercó a ella y la besó, y ella abrió la boca para dejarle entrar.

Era diferente de los besos en la oscuridad, cuando él había dado pero no había recibido nada a cambio. Ahora le exploraba la boca con la lengua, le mordía los labios hasta que los sentía calientes y llenos. Era extraño que sintiera lo mismo en otras partes del cuerpo y que las rodillas le flaquearan, aunque su mente se llenara de una extraña energía.

Cuando se separó de ella, la expresión de Richard era de sorpresa, de confusión, mientras apartaba las perlas que lo ataban a ella. Ella vio el deseo, aún brillante en sus ojos, incluso mientras negaba con la cabeza. "Arabella, lo siento. Nunca fue mi intención... No fui yo". Se miró la mano, como si no la reconociera, y luego se esforzó por quitarse el anillo, para desecharlo.

Su expresión la divirtió más que asustarla. Al parecer, el anillo también tenía un precio. De poco serviría luchar, pues nunca se libraría de su antepasado hasta que Sir Robert tuviera lo que quería.

Le cogió la mano y se la estrechó, luego se la llevó a los labios, besando la palma y chupando los dedos. La llevó hasta sus pechos, frotando su cuerpo contra ella hasta que sintió que sus pezones se endurecían, sabiendo que sería mucho mejor cuando él tocara su piel y no la tela de su vestido. Se inclinó hacia delante hasta que sus labios rozaron su garganta, besando el ancho hombro bajo el cuello de su camisa.

Era maravilloso. Podía estar atrapada por la voluntad de otro, como había estado en el pasillo, pero al menos era mejor que estar atrapada en su propia vida. El miedo había desaparecido, sustituido por el regocijo y la cruda excitación sexual. El cuerpo le pesaba con algo más que el peso del agua: aún húmedo, pero vacío y libre. Sólo había una cosa que podía ayudarla.

Y se dio cuenta de que eso era lo que siempre había deseado.

Cuando habían atravesado la tormenta, ella había querido girar la cabeza y saborear su cuerpo, sentir su respuesta. Pero había tenido demasiado miedo.

Pero ya no.

Así que cedió a su deseo y lamió, apartándole la camisa para poder posar la boca en su pezón y morderlo y chuparlo.

La mano de él se había detenido en su pecho, como si temiera tocarlo. Así que ella se volvió más atrevida en sus caricias, colocando las palmas de las manos sobre el pecho de él y bajándolas por el vientre, hundiendo los dedos en su cintura y deslizándolos por debajo de la parte superior de sus calzones.

Él gimió y ella sintió que le apretaba la mano, que la apretaba, que le frotaba el pulgar con fuerza en el lugar donde sabía que tenía el pezón. Y a través de la bruma del deseo, oyó a Richard murmurar: "Dios mío, Arabella. Eres una inocente. Pero tan dulce. No sabes lo que me estás haciendo. No puedo evitarlo. Ni quiero hacerlo. Perdóname". Y ella lo sintió cuando él dejó de resistirse y pasó la otra mano por debajo de su barbilla para acercar su boca a la suya.

Esta vez los labios de ella no eran suaves, sino que contenían la imponente presencia de su marido, tomando lo que él había tomado tantas veces. Tiró de su cuerpo hacia el suyo, para que ella pudiera sentir cuánto la necesitaba. Y entonces sus manos forcejearon con los cierres de su vestido.

Le acercó la oreja a los labios y le susurró: "¿Cómo has podido abandonarme? ¿Tienes idea de lo que he sufrido?".

Ella le susurró, con una voz que no era la suya: "Robert, tonto. Si me hubieras amado como prometiste, nunca me habría ido".

"Pero lo hice", susurró. "Lo juro. Te amaba más que a la vida. ¿No lo ves? Esperé. Negocié con Dios, y luego negocié con el diablo, y ninguno me respondió. Morí esperando una señal tuya".

Ella le abrazó con fuerza, acariciándole la cara, tocándole el pelo. "No pude darla. Caí, Robert. Huí de ti porque estaba enfadada. No podía ver por las lágrimas de mis ojos, y me alejé demasiado de los acantilados. Caí. Y una vez que me tuvo, el mar no me dejó marchar". Volvía a llorar lágrimas saladas. Saladas como el mar que había estado en sus pulmones.

Besó las lágrimas. "¿No querías irte? Encontré tu vestido. Un trozo se había roto y colgaba de una zarza. Recé para que sólo me hubieras dejado. Que estuvieras a salvo en algún lugar. Pero temía los acantilados, y que en tu ira te hubieras herido para castigarme".

"Nunca quise hacerte tanto daño. Si hubiera podido, habría vuelto". Volvió a apoyar la cabeza en su pecho, y fue bueno sentir el corazón latiendo allí. "Pero ahora estoy en casa. Estoy contigo".

"Para siempre", murmuró él, y volvió a besarla.

Arabella se calentó con el amor que habían sentido el uno por el otro, pues era como el sol primaveral en su rostro. Era hermoso saber que las dos almas tristes ya no sufrirían más, y sintió de nuevo la creciente marea del deseo, dejándose llevar también por ella.

Richard tiraba de su ropa, desabrochaba ganchos y cordones, apartaba telas. La anticipación le producía un cosquilleo en la piel. Pero él parecía confuso y tardaba demasiado. Levantó una pierna para montarla en su cadera, frotándose contra él como si lo hubiera hecho cientos de veces. Luego apartó las manos de él y se quitó la extraña ropa, deseosa de estar piel con piel, como hacían Robert y Anne todas las noches.

Cuando se quedó desnuda ante él, llevando sólo las perlas, supo que debería sentirse avergonzada. Pero no lo hizo. La voz de su mente le decía que no se avergonzaría si lo hacía por amor.

Él la miró un momento, como si nunca hubiera visto nada tan hermoso. Y luego la cogió, la acercó y la tocó: los pechos, el vientre, los muslos, todo lo que pudo. Luego sus labios siguieron a sus manos, saboreándola. Se arrodilló a sus pies y acercó su cuerpo a su boca. Arabella nunca había sentido nada parecido a la oleada de sensaciones que crecían en su interior. Sin embargo, sabía que aquello no era más que el principio. Él podía mantenerla allí, al borde, o hacerla caer al vacío con un movimiento de su lengua. Y Arabella temió, por primera vez, que Ana le hubiera mentido. Era demasiado. Moriría si él no paraba. Su espíritu saldría volando de su cuerpo.

Pero sintió que Anne emitía un suspiro tembloroso y satisfecho, y oyó sus palabras: Todavía no.

Ella le apartó de un empujón, mirando su rostro ansioso, y él le sonrió, como si todo fuera un juego. Ella le devolvió la sonrisa para burlarse de él y se apartó de su alcance, caminando descalza por el frío suelo de piedra para coger la vela. Volvió a pasar junto a él y sintió que sus ojos la seguían mientras la colocaba sobre la mesa, junto a la gran cama blanda. Entonces le hizo señas para que la siguiera.

Él estuvo a su lado en un instante y permaneció inmóvil mientras ella lo desnudaba, le quitaba la camisa abierta, se arrodillaba para ayudarla con las pesadas botas, le desabrochaba los calzones, lo tocaba y lo besaba, explorando su cuerpo hasta que él gimió de necesidad.

Por fin la puso en pie y la empujó de nuevo sobre el colchón. Luego se subió a su lado, abriéndole las piernas y moviéndose entre ellas. Arabella sabía que si había un momento para detenerse, era ahora. Pero se veía a sí misma a través del velo de la pasión de Ana por su marido y, por primera vez en su vida, no tuvo deseos de mostrarse tranquila y sensata. Sabía lo que significaba sentirse sola y sin esperanza, aunque nunca hubiera conocido el remedio para ese

sentimiento.

Pero Anne lo sabía. Y nunca volvería a sentirse sola.

Arabella sintió una oleada de deseo que era toda suya cuando Richard entró en ella, llevándose el vacío con su cuerpo. El dolor que le produjo fue una sorpresa, pues aunque era su primera vez, era algo que Arabella había hecho muchas veces antes. Pero se sentía tan bien al estar por fin con él que lo ignoró. Levantó las rodillas para apretarle el cuerpo con los muslos y él la empujó hacia la cama, con las manos en los pechos y la boca en la suya.

Pudo sentir cómo los intentos de Richard retrocedían. Intentaba ser suave, luchaba por no hacerle daño, pero era incapaz de renunciar a ella y dejarla marchar. Sus movimientos se ralentizaron hasta convertirse en un suave balanceo, dándole tiempo a ella para adaptarse. Cuando intentó seguir su ritmo, jadeó de asombro ante la sensación que inundó su cuerpo. Era más fuerte que antes, y maravillosa. ¿Por qué se había resistido? ¿De qué tenía miedo? No entendía qué le ocurría a su cuerpo, si era algo natural o un truco de los espíritus. Pero sabía que era algo que no quería detener. Lo único que le importaba eran los momentos siguientes y el placer que sabía que le proporcionarían. Así que se abandonó a la nostalgia que sentía del pasado y oyó su propia voz susurrando aliento a Richard, pidiéndole más.

Él la besó suavemente y negó con la cabeza, intentando protegerla. Así que ella le recorrió la espalda con los dedos, aferrando sus caderas a las suyas, retorciéndose bajo él, frotando sus pechos contra el de él, amando la forma en que se sentía y la respuesta que evocaba. Podía sentir cómo su voluntad se quebraba a medida que la necesidad se apoderaba de él. Le introdujo la lengua en la boca, fuerte y profundamente, y no fue suave al moverse dentro de ella, sino exigente, su cuerpo tan hambriento como su beso.

Y, de repente, ella dejó de tener frío, nunca volvería a tener frío, porque tenía a su amor. La sensación en ella ardía como un fuego, y dejó que la consumiera, jadeando cuando la oleada de calor tembloroso la atravesó. Ana gritó triunfante y la abandonó.

Pero la tensión de Arabella no había desaparecido. Y temía que, ahora que se había despertado, nunca la abandonaría. Estaría siempre hambrienta, esclava de sentimientos que no comprendía. Gimió de frustración, luchando por liberarse de los brazos de Richard.

Él rompió el beso y susurró: "Mírame a los ojos".

Y cuando lo hizo, supo que era realmente él, mirándola fijamente al alma como había hecho antes. Él sabía lo que ella necesitaba. Cuando él la miró, ella no quiso otra cosa que entregarse a él, rendirse por completo. Y así lo hizo.

Sintió que el temblor comenzaba de nuevo, recorriéndola,

golpeándola como las olas del mar. Cuando no pudo soportarlo más, dejó que la desgarrara, estremeciéndose contra él. Él también se estremecía, su cuerpo se movía al ritmo del corazón de ella. Se corrió dentro de ella por última vez, suspiró y se desplomó contra ella.

Cuando volvió en sí, estaba desnuda junto a él en la cama, bien pegada a su cuerpo. Era extraño sentirlo tan cerca: los músculos de sus brazos y piernas contra los suyos, haciéndola sentir suave y pequeña, el vello de su cuerpo bajo su mano, donde podía acariciarlo si lo deseaba.

Lo cual no debería desear, se recordó a sí misma. Debería entrar en pánico. Saltar de la cama y proclamarse escandalizada por las libertades que se había tomado. Exigirle que la llevara inmediatamente a la posada más cercana y que no le diera más excusas sobre tormentas o salteadores de caminos, ni más tonterías sobre espíritus malignos.

Pero parecía más que estúpido pretender, en ese momento, que él se había aprovechado de ella. No se le podía culpar de lo ocurrido. Ninguno de los dos podía. No había tenido que arrastrarla a la cama. Ella había estado más que dispuesta. O su cuerpo, al menos. Incluso ella había sido la agresora, había ignorado sus intentos de moderación.

Lady Anne había insistido mucho.

Richard se apartó de ella para que pudiera verle la cara y sonrió.

Era muy molesto por su parte.

Se quedó muy quieta, preguntándose qué estaría pensando. Su mente repasaba los acontecimientos de los últimos minutos y temía verlos reflejados en sus ojos. Sintió que se ruborizaba y le molestó aún más que la sonrisa de él se ensanchara en respuesta.

Él suspiró e inclinó la cabeza para besarla. Era lo mismo que había sentido antes, y sin embargo era diferente. Pero ahora todo era diferente.

"¿Estás bien?", le preguntó, apretándole el brazo alrededor de la cintura.

Ella no estaba segura. Pero al final dijo: "Sí".

Si él supiera que estaba mintiendo, ella prefirió ignorarlo. "Me alegro. Estaba preocupado".

Eso era algo, al menos. Él estaba preocupado por sus sentimientos. ¿Pero qué iba a decirle ahora, cómo podría siquiera encontrar su mirada a la luz del día? Anne había sido muy útil en algunas cosas. Pero, ¿dónde estaba ahora que Arabella necesitaba su consejo? Había sido una fuente de información antes y durante la relación, pero no había dejado ninguna pista sobre lo que solía ocurrir *después* entre amantes.

Arabella buscó con la mente, y fue como si tanteara, buscando a

tientas en la oscuridad algo que no podía ver. Pero donde había habido una sensación de presentimiento e inquietud, ahora no había más que una casa vacía, volviendo a la normalidad tras una violenta tormenta.

"Se han ido, ¿verdad?"

Sintió que Richard se tensaba contra ella, como si él también estuviera buscando. "Creo que sí. Y en paz, ahora que se han encontrado". Luego pareció relajarse y se estiró contra ella, bostezando. Extendió la mano y cogió la suya, entrelazando sus dedos con los suyos como si nada hubiera cambiado entre ellos.

Y mientras su cuerpo se frotaba contra el suyo, el deseo volvió a despertar en ella, y con él la necesidad de tocarlo, excitarlo y posponer la incomodidad de las próximas horas.

Sintió una punzada de irritación por el hecho de que personas que llevaban cien años muertas tuvieran sus vidas tan fácilmente resueltas a expensas de las suyas. Tenía que admitirlo: los envidiaba. Le habían dado a probar algo que no tenía derecho a conocer y luego habían seguido su camino, sabiendo que estarían juntos toda la eternidad.

Y aunque ella había estado bastante contenta cuando lo ignoraba, ahora sabría lo que faltaba en su futuro y sería menos feliz por ello. Mañana retomaría su camino. Aunque Richard cumpliera su promesa y le diera una recompensa por el trabajo de la noche, no podría contarle a la gente cómo había llegado a tenerla sin arriesgarse a revelar los detalles más interesantes de aquella noche. Puede que no tuviera que buscar un puesto, pero no podía esperar casarse. ¿Cómo iba a mantener en secreto lo que había hecho? La alegría que sentía la llenaba de tal manera que estaba segura de que la verdad debía brillar en ella como un faro. Aunque ningún hombre la quisiera, no quería ocultar la verdad.

Pero ahora que sabía lo que significaba estar con Richard, ¿cómo podría sobrevivir sin él?

"¿Estás segura de que estás bien?" Richard preguntó de nuevo. "Porque estás muy callada".

"Bien", dijo ella, con voz demasiado firme. "¿Cómo iba a estar si no?".

Él ignoró la extrañeza en su tono y dijo: "Me preocupaba que pudieras estar lamentando lo ocurrido ahora que ya está hecho".

Ella tampoco estaba segura de cuál era la respuesta correcta. Porque si se arrepentía de haberlo hecho una vez, no tenía sentido que se preocupara de no volver a hacerlo nunca más. Y si ésta iba a ser la única vez que iba a amar, no podría haber pedido nada mejor. Tampoco habría deseado otro compañero. Por fin, sacudió la cabeza.

"Bien. Porque, por mucho que lo intente, no me atrevo a disculparme por ello". Se estiró contra ella y volvió a bostezar. Estaba

completamente relajado, como si estar tumbado con ella fuera lo más natural del mundo. Luego la miró y volvió a sonreír. "Y, si no tienes remordimientos, hace que lo que tengo que decir sea mucho más fácil".

"¿En serio?" No entendía por qué iba a hacer "más fácil" su vida, pero era injusto que lo dijera, ya que lo que había pasado no era culpa suya. Así que se mordió la lengua.

"No soy tan simplista como debería cuando trato con el sexo débil. Soy demasiado directo, con diferencia. Y me temo que antes te hice enfadar cuando dije que no eras apto para ser compañero de una dama. Me he estado devanando los sesos pensando qué podría decir por la mañana para convencerte de que cancelaras tus planes y te quedaras aquí."

"¿Aquí?"

"Conmigo. Sí". Volvía a sonreír. "Es raro encontrar a una mujer con una sensatez tan poco común, y más aún encontrar a alguien que se ponga a mi lado para luchar tan incondicionalmente como cualquiera de los soldados de la Península. Uno no sabe lo profunda que es la confianza hasta que está entre la espada y la pared y debe depender de otro. Y me atrevo a decir que nos hemos enfrentado juntos a problemas que fueron una prueba más que adecuada. Pero encontrar a una tan encantadora, además... La combinación debe ser única en todo el mundo".

*Encantadora*. Nadie la había llamado así antes. Los hombres, según su experiencia, se contentaban con pasarla por alto. Pero Richard había pronunciado la palabra con una insistencia reverente.

Ella lo miró sorprendida y vio cómo se le sonrojaban ligeramente las mejillas, porque él no la había mirado a la cara, sino que había estado admirando su cuerpo desnudo, pegado al suyo.

Volvió a mirarla a la cara. "No es tu... quiero decir, nuestra condición actual lo que me mueve a hablar. Tuve esta opinión casi desde el principio, te lo aseguro. Me sorprendió mi buena suerte al encontrarte, soltera, prácticamente abandonada en mi puerta. Pero, ¿señalarle sus muchas y excelentes cualidades y sugerirle que se quede en la zona para que podamos conocernos mejor, después de tan poco tiempo de conocernos? Temía que te rieras en mi cara y tomaras el próximo carruaje a San. Ives".

Lo pensó un momento y sonrió. "Probablemente tenías razón.

Él volvió a moverse contra ella, y ella no pudo negar que el roce de sus cuerpos desnudos era delicioso. Dado que su reputación ya había sufrido el peor daño, no parecía importante fingir indignación por su contacto.

Cuando ella no se apartó de él, la mano que tenía en la cintura bajó para estrecharle la cadera y estrechar su cuerpo contra el suyo de un

modo mucho más íntimo. Su voz era casi un gruñido. "Y ahora he hecho lo que había pensado hacer desde el primer momento en que te vi".

"¿De verdad?" Ella sintió que su corazón se agitaba al pensar que él había deseado acostarse con ella, pero ya no era con miedo. "¿Pensaste que debíamos...?"

"Desde el primer momento. Me hervía la sangre ver a los salteadores de caminos amenazando a semejante ángel, pero me calentaba de un modo muy distinto sentirte acurrucada contra mí en el caballo, totalmente dependiente de mi ayuda. Podía ver que me temías, pero te juro que no pretendía hacerte daño. Pero verme obligado a hacerte de caballero cuando estabas en mi habitación a la luz de las velas, con la cama tan cerca..." Gimió. "Agonía. Si me consideraba un hombre de honor, no podía aprovecharme de la situación, aunque estaba plagada de posibilidades de seducción. Quise resistirme. Y lo habría conseguido en otras circunstancias. Te habría mantenido a salvo y te habría llevado a la posada por la mañana".

"No lo dudo", respondió ella, aunque sabía que lo había hecho.

"Pero temía que no quisieras tener nada que ver conmigo una vez que pudieras continuar tu camino. Visitarte en San Ives habría sido recordarte un incidente de lo más traumático. Y no podía mencionar el tiempo que habíamos pasado juntos a solas en esta casa sin dañar tu reputación. ¿Qué podría decir que no te hiriera u ofendiera? Dudo que hubiera podido hablar más de unas pocas palabras antes de perder los nervios. Y también te habría perdido a ti. Gracias a Dios por la oportuna intervención de mis antepasados". Le sonrió y le besó la cabeza. "Estás completamente arruinada, ¿verdad?"

"Me temo que sí. Pero mientras pensaba en ello decidió que, después de lo que habían compartido, no temía nada. No pudo resistir una sonrisa de placer perverso.

Él le devolvió la sonrisa. "Y no sirves para nada más que para quedarte aquí y hacerme compañía".

¿Quedarse aquí con él? Por un momento se sintió abrumada por la idea, imaginándose como su esposa, envejeciendo a su lado, viendo prosperar la tierra y crecer a sus hijos.

Luego su mente se aclaró. Su vida cambiaba tan deprisa que le costaba seguir el ritmo. Se estaba atontando. Él no podía querer decir lo que ella esperaba. Él debía pensar que, como ella había estado dispuesta esta noche, lo estaría de nuevo, y que con una mujer tan descarada, no necesitaba molestarse con formalidades. Por muy tentador que fuera, sería una tonta si dejara de lado su honor tan rápidamente. Contuvo su tristeza y preparó una cortés negativa.

Él había notado su vacilación, y ahora murmuró: "Infierno y condenación". Volvió a ponerse colorado por la vergüenza y se apartó

de ella, volviéndose extrañamente formal.

Se sentó en la cama, se envolvió la cintura con la sábana y volvió a mirarla con admiración antes de cubrirla con el cubrecama.

Luego dijo: "Perdone mi lenguaje, señorita Scott. Esto no está yendo como yo esperaba, y ahora he agravado mi ofensa jurando. Mi intención era hacer una oferta honorable, por supuesto". Las palabras se precipitaron, sin darle tiempo a responder. "No hay nada de inestable en ello, te lo aseguro. Buscaremos a un vicario por la mañana, y veremos si hay alguna manera de conseguir un anillo de ese joyero fijado permanentemente en su lugar apropiado en su mano. Si lo desea, la nombraré Señora de Richard Acherton. No tan grandioso como algunos nombres, o tan buen esposo como mereces. Pero casarte conmigo seguramente será mejor que una vida de compañía forzada para alguna anciana. Mi nombre es tuyo". Vaciló. "Si aceptas aceptarlo, claro".

Después de tantos años creyendo que nadie podía quererla, aquello era tan embriagador como el vino. Recostó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, convencida de que debía tratarse de un extraño sueño, y que cuando los abriera estaría en el carruaje, todavía de camino a San Ives.

"Es todo tan repentino".

Sintió que él se estiraba en la cama a su lado. Sus labios rozaron su oreja y susurró: "Si te ayuda oírlo, tendrás sirvientes para vivir, ahora que los espíritus descansan. Y mañana te enseñaré la casa. Ahora es mía".

Abrió los ojos para ver su sonrisa, tan cercana que podría haberla besado si hubiera querido.

En realidad, la casa también será tuya. No importa cuál sea tu respuesta, después de esta noche te has ganado tu mitad. Te lo debo". Su voz estaba tensa por la emoción. "Si quieres irte, no diré ni una palabra de lo que ha ocurrido entre nosotros. Te lo juro. Pero venderé algunas de las joyas, y puedes quedarte con las ganancias para usarlas como dote..." La idea pareció alterarle, y se apresuró a decir: "O para cualquier otra cosa que desees".

Luego apartó la vista de su rostro y miró su cuerpo. "Pero nunca venderé las perlas. Me gusta el aspecto que tienen sobre tu piel". Suspiró. "Deberían quedarse donde están. Como tú, en esta habitación de Penlowen, con un marido que te adora".

Siguió su mirada con la suya y dejó caer la funda. Sintió que su cuerpo respondía cuando él alargó la mano para tocar el collar y las perlas se deslizaron por sus pechos desnudos. Ella volvió a mirarlo y sus ojos se oscurecieron de lujuria. Sus dedos siguieron las perlas mientras se deslizaban sobre sus pezones y se posaban en su vientre. "Por favor", susurró. "Di que sí".

"Sí", susurró ella. Y se sintió deseada, por primera vez en su vida. Enamorada, en paz y en casa, en sus brazos y en su cama.

Sus labios se posaron en los suyos y su mano se acercó a su pecho. "Entonces celebremos lo que espero que sea un compromiso muy breve".

Y se inclinó hacia ella para apagar la vela de la mesilla de noche y sumió la habitación en una oscuridad cálida y acogedora.

****